PERÚ: UNA APROXIMACIÓN BIBLIOGRÁFICA. EDICIÓN ABREVIADA FRANKLIN PEASE G. Y.











Franklin pease G. Y.

Perú: una aproximación bibliográfica

Edición abreviada por Mariana Mould de Pease



Mariana Mould de Pease (Lima, 1943)

Licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú, gestora de la «Colección Franklin Pease G. Y. para la historia andina de Perú» en la Biblioteca Nacional del Perú, en Lima, y profesora honoraria de la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco.

Se desempeñó como profesora principal en la Facultad de Traducción e Interpretación y Ciencias de la Comunicación de la Universidad Femenina del Sagrado Corazón, directora asociada del Programa de Universidades de Indiana y California, EE. UU., y profesora de Gestión Cultural y Archivos en la Universidad Católica Sede Sapientiae. La Municipalidad Metropolitana de Lima, las municipalidades distritales de Miraflores y Pueblo Libre, así como la Municipalidad Provincial del Cusco y el Gobierno Regional INKA le han otorgado distinciones por su defensa del patrimonio cultural material e inmaterial.

Desde el año 2000, ha puesto especial énfasis en la investigación, publicación y enseñanza especializada de temas de patrimonio cultural en la Iglesia Católica del Perú, el Santuario Histórico de Machu Picchu, la recuperación de los bienes culturales prehispánicos, y en la preservación de archivos y bibliotecas en asociación público privada.

Perú: una aproximación bibliográfica

Edición abreviada por Mariana Mould de Pease

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

PRESENTACIÓN

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también,

una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

TABLA DE CONTENIDO

Introducción 10

Prólogo 14

Abreviaturas usadas en las fichas 19

CAPITULO I

El escenario geográfico: ecología
y recursos naturales 21

CAPITULO II

Historia de los Andes e historia del Perú 33

CAPÍTULO III

Educación 91

CAPÍTULO IV

Economía 99

CAPÍTULO V

La sociedad y sus problemas 111

CAPÍTULO VI

Cultura andina y cultura peruana 126

CAPITULO VII

Relaciones internacionales 155

CAPITULO VIII

Publicaciones períodicas y obras de consulta 164



El Dr. Franklin Pease G. Y. en la dirección de la Biblioteca Nacional del Perú, sede histórica de la Av. Abancay (1983-1986), hoy Biblioteca Pública de Lima.

INTRODUCCIÓN

Determinados libros y publicaciones, así como manuscritos, ocuparon siempre una función central en la vida y la obra de Franklin Pease G. Y. (1939-1999), mi esposo, por ser fuente de información, conocimiento y reflexión, ya que su lectura es indispensable para la mejor comprensión del Perú en su largo devenir.

Este historiador y profesor fue director de la Biblioteca Nacional del Perú (BNP) en su sede histórica de la avenida Abancay en el centro histórico de Lima —hoy sede de la Biblioteca Pública de Lima— de 1983 a 1986. Actualmente, sus libros y otros documentos suyos y también míos son puestos en valor en la sede institucional de la BNP ubicada en el distrito capitalino de San Borja, desde el año 2006.

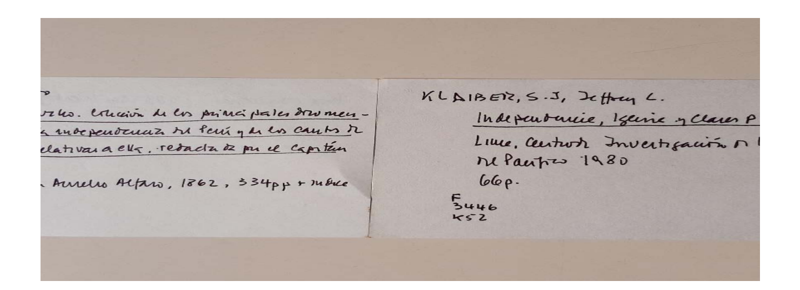
En la década de 1970, Franklin hizo varios viajes a México como expositor en reuniones académicas, comparando el desarrollo cultural de los Andes con el de Mesoamérica. Es así que mi esposo preparó esta bibliografía comentada sobre el Perú que el Centro de

Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEESTEM), México, publicó en 1979. Ahora ofrezco una versión abreviada e impresa de este libro para propiciar la lectura sobre nuestro país, desde la visión de las ciencias humanas y sociales.

La selección de libros, revistas y otras publicaciones que aquí presentamos mi esposo y yo en versión impresa abreviada y en versión original digital por gentil invitación de la Gerencia de Educación y Deportes de la Municipalidad Metropolitana de Lima es representativa de un período de la vida cultural, social y humana de nuestro país desde los inicios de la imprenta en la capital del virreinato del Perú en 1584 hasta 1979. Agradezco muy especialmente a Renata Teodori de la Puente y a Celeste Asurza Matos su interés en esta segunda edición de *Perú: una aproximación bibliográfica*, acorde con estos tiempos.

Franklin tuvo la intención de preparar una segunda edición de este libro, por ello, la versión digital muestra sus anotaciones, así como las sugerencias de otras manos que hay en el único ejemplar que aún conserva su familia y que debe pasar a la Biblioteca Nacional en cuanto sea

posible. Además, en el interior de este libro quedaron una serie de fichas bibliográficas como las que aquí reproduzco.



Esta bibliografía o lista de libros y otras publicaciones sobre el Perú es representativa del pensamiento académico orientador de la lectura sobre temas nacionales, por lo que ha sido abreviada de su versión impresa para el programa Lima Lee para que sea accesible a quienes prefieren leer en papel y que luego, si desean profundizar en el tema, pueden consultar la versión original de este libro en PERÚ: UNA APROXIMACIÓN BIBLIOGRÁFICA.

Para acercar al autor de esta obra a sus lectores, cito a la doctora Ascensión Martínez Riaza, especialista en Historia de América y catedrática en la Universidad Complutense de Madrid, quien declara lo siguiente:

Nada que tuviese que ver con el Perú le era ajeno. Capacidad, entusiasmo y dedicación se aliaron para hacer de Franklin Pease uno de los grandes historiadores peruanos contemporáneos. Se fue demasiado pronto, siempre nos parece cuando se trata de alguien que queremos. Queda su impresionante legado de más de 150 obras. Entre monografías, ediciones y artículos. Pero no se trata de una cuestión de números, Franklin Pease fue por encima de todo un maestro. Emprendió largos caminos por la historia del Perú, que se bifurcaban a medida que los transitaba y que le llevaron a avanzar a través de la reflexión, el replanteamiento y la profundización constantes.

Fue maestro porque para Pease la Historia era un viaje por el conocimiento que él no entendía en el sentido patrimonial. Investigación, docencia, labor editorial y gestión cultural y educativa eran para él caras de un mismo poliedro y a todas atendió y todas las compartió con colegas, estudiantes y con aquellos que, fuera de la esfera de lo académico, se interesaran por la historia del Perú […].

Mariana Mould de Pease
Lima, agosto del 2020

PRÓLOGO

Este libro es una aproximación bibliográfica al Perú, soy consciente que terminarlo no es dejarlo concluido, pues se trata de una tarea ambiciosa que a la vez es siempre incompleta. Se ha elaborado fundamentalmente con libros impresos en el Perú, aunque también se han indicado otros editados fuera de él, generalmente como «supletorios» aun cuando ese término no pueda ser interpretado siempre al pie de la letra.

La historia de la bibliografía peruana es larga. El primer libro impreso en Lima —y entonces virreinato del Perú— fue la *Doctrina Cristiana* preparada por jesuitas a consecuencia de las decisiones conciliares; impreso en 1584 por Antonio Ricardo («primer impresor en estos Reynos del Pirú»), inauguró una serie de libros bilingües o trilinguës (en castellano, quechua y aymara) requeridos por la evangelización. Los jesuitas y la evangelización estuvieron así vinculados al multilingüismo en los orígenes de la imprenta en el Perú; sin embargo, todavía se hace necesario un análisis de la bibliografía impresa en leguas andinas sobre diversos temas de la evangelización.

El primer trabajo que presenta los aportes bibliográficos peruanos es el *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica* de Antonio de León Pinelo (1624); años después, en 1672; Nicolás Antonio incluyó nuevos textos en su *Bibliotheca Hispana Nova*; entre los autores posteriores cabría destacar a Antonio de Alcedo, cuya *Bibliotheca Americana*, *catálogo de los autores que han escrito de la América en diferentes idiomas…* se imprimió en 1807; también durante el siglo pasado aparecieron libros como la *Biblioteca Peruana*, de Mariano Felipe Paz Soldán (1879), que reunió impresos peruanos o que tratan del Perú; también René Moreno publicó una *Biblioteca Peruana* (Santiago de Chile 1896); después, José Toribio Medina imprimió entre 1904 y 1907 *La Imprenta en Lima (1584-1824)*, y entre 1898 y 1907 había editado la *Biblioteca Hispano-Americana*; también por esos años Carlos Prince editaba en Lima obras de carácter bibliográfico, especialmente un *Boletín bibliográfico* (1888-1901), que fue digno precursor de los modernos boletines del género editados por la Universidad de San Marcos (*Boletín bibliográfico…*, desde 1923) y por la Biblioteca Nacional (*Anuario Bibliográfico Peruano*, desde 1943). Tanto las *Fuentes Históricas Peruanas* (1a. ed., Lima 1954), como el *Manual*

*de estudios peruanista*s de Rubén Vargas Ugarte S. J. (4a. ed. Lima 1959), ofrecen muy importantes conjuntos de referencia bibliográfica. La *Biblioteca Peruana* editada por Rubén Vargas Ugarte S. J., incluyó a partir del vol. VII una serie de volúmenes de *Impresos peruanos*, que describen las ediciones del período colonial (véase el capítulo de bibliografías).

Este libro cubre diversos temas, que quiere introducir a su usuario y predomina en él una visión histórica, un poco explicable por la especialidad de su autor; pero también es verdad que la bibliografía histórica peruana es quizás la más amplia y coherente, al mismo tiempo que es la que más variantes ofrece al lado de la jurídica, la cual es muy voluminosa en sus comentarios específicos a leyes y disposiciones diversas, pero que para una expresión cabal requiere de un grado de especialización que puede exceder fácilmente el carácter general e introductorio de esta bibliografía. Por ello aparecerán libros de tema jurídico en diversos capítulos, dirigidos más que nada a la comprensión histórica del fenómeno jurídico en el Perú y a la organización del estado, en relación con diversos problemas sociales.

Esta bibliografía no incluye temáticas científicas, no sólo por el poco desarrollo de la ciencia y tecnología en el país, sino porque la bibliografía sobre el tema suele incluirse en publicaciones periódicas que escapan el plan de la obra; aparte, el campo requiere de una particular especialización que rebasa el carácter introductorio del trabajo en conjunto.

Para ordenar los libros en los diversos capítulos de esta bibliografía, se ha preferido un criterio alfabético, por autores dentro de cada orden (fundamentales y supletorios); el criterio genérico editorial de incluir entre los fundamentales los libros editados en el país, ha hecho necesario incluir en segundo orden algunos títulos de primera importancia. Aquellos libros que a efecto de esta bibliografía han sido considerados suplementarios, no llevan comentario. Se ha preferido dejar las explicaciones más detalladas sobre el manejo de cada tema a las introducciones de cada capítulo.

Debo indicar aquí la ayuda de mucha gente, de colegas y de amigos, cuyo consejo oportuno y generosa atención ayudaron a solucionar diversos vacíos de información; debo mencionar a Don Jorge Basadre, a

Heraclio Bonilla, Ileana Vegas de Cáceres, Percy Cayo, Alberto Hernández, Oscar Mavila, Armando Nieto Vélez S. J., José Luis Rivarola y Adriana Flores de Saco; también debo agradecer particularmente el valioso asesoramiento obtenido en la Biblioteca Central de la Universidad Católica del Perú, especialmente de parte de Aurora Villanueva, Emilia Rubio, Griselda Rubio y Juan José Cuadros. La responsabilidad por las omisiones o errores es mía, sin embargo. La generosa hospitalidad mexicana de Mayán e Iker Larrauri hizo mucho por este libro, gracias también a ellos. Debo agradecer finalmente el auspicio y constante respaldo otorgado a este trabajo por el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, que lo acoge. En él, Carlos H. Maldonado fue un colaborador inapreciable.

Franklin Pease G. Y., 1979

ABREVIATURAS USADAS EN LAS FICHAS

ca.:	circa
colab.:	colaboración
comp.:	compilador
cuad.:	cuaderno
dib. (s):	dibujo (s)
direc.:	dirección
ed. (s):	edición (s), editor (s)
edit.:	editorial
et. al.:	y otros
fig. (s):	figura (s)
fotogr. (s):	fotografía (s)
grabs.:	grabados
h.:	hoja
introd.:	introducción
imp.:	imprenta
lam. (s):	lámina (s)
litogr.:	litografía
no.:	número
p.:	página
p.p.:	páginas
párr.:	párrafo

pról.:	prólogo
recop.:	recopilación
rev.:	revisado
selec.:	selección
seud.:	seudónimo
tip.:	tipografía
trad.:	traducción
trans.:	transcripción
vol. (s):	volumen (s)

CAPITULO I

EL ESCENARIO GEOGRÁFICO: ECOLOGÍA Y RECURSOS NATURALES

Los cronistas del siglo xvi fueron los primeros europeos que describieron los Andes a la manera europea y para un público también europeo. El caso de Pedro Cieza de León, cuya *Crónica del Perú* incluye una de las más hermosas descripciones del área ocupada por el Tawantinsuyu o «imperio de los incas», es fácilmente extensible a otros cronistas como el P. Bernabé Cobo S. J., cuya *Historia del Nuevo Mundo* (1653, reimpresa últimamente en la Biblioteca de Autores Españoles, Madrid 1964) incluyó una de las más completas catalogaciones botánicas. Se aprecia que la descripción de la tierra ocupó buena parte de la preocupación de los autores coloniales de los siglos xvi y xvii, como lo evidencian además diferentes recopilaciones administrativas, como es el caso de las *Relaciones Geográficas de Indias*, recogidas por toda América en los años 80 del siglo xvi, y editadas a fines del siglo xix por

Marcos Jiménez de la Espada. En 1964, Pablo Macera estudió y editó en la *Revista del Archivo Nacional del Perú* otras informaciones geográficas de la colonia tardía (cfr. *Trabajos de Historia*, vol. I).

Durante la colonia, las descripciones geográficas quedaron casi ocultas desde que los cronistas clásicos fueron reemplazados en parte por los cazadores de noticias urbanas y los autores de diarios (Suardo, Mugaburu), así como por la mayoría de los cronistas conventuales. En 1680 comenzaron a publicarse las *Guías del Perú*, iniciadas como almanaques o calendarios y transformadas después en descripciones geográficas; la segunda mitad del siglo XVIII vio resurgir el interés geográfico, desde que el Cosmógrafo Mayor y Catedrático de Matemáticas de la Universidad de San Marcos de Lima, D. Cosme Bueno revivió el interés por las ediciones de Guías geográficas que formaron la base de sus *Descripciones de las provincias del Perú*.[1]

1 *Descripción geográfica de las Provincias / que componen los reynos del Perú, Buenos / Ayres y Chile, por Obispado: se hallan en ella / varias particularidades de historia Política y Natural / Por / Don Cosme Bueno. Doctor en Medicina, Catedrático / de Matemáticas y Cosmógrafo Mayor del Perú* (1763-1768); tiene edición posterior bajo el título de *Geografía del Perú Virreinal* (edición a cargo de Carlos Daniel Valcárcel), Lima 1951; Bueno editó guías por más de 40 años. Las guías continuaron hasta 1814 y después aparecieron bajo el nombre de *Guías de Forasteros*.

En el período colonial destacaron también las visitas de la tierra, organizadas por la administración y destinadas fundamentalmente al recuento de los tributarios y a la descripción de las rutas y las riquezas de cada región sobre las que era posible establecer un régimen tributario.[2] Son también muchos los viajeros que escriben en los años coloniales, si tenemos en cuenta la abundancia de relatos de navegantes, corsarios y contrabandistas, a más de los funcionarios del régimen colonial. Entre los más destacados podríamos mencionar las obras de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, de Concolorcorvo y de Alexander von Humboldt, para unirlas a la pléyade de viajeros que en el siglo XIX dejó una tradición establecida de informantes y criterios que dieron origen a la arqueología en los Andes (E. G. Squier, por ejemplo, cuyo *Perú: Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas*, fue editado en 1868 en revistas, en 1877 en forma de libro, y en 1974 en español); Jorge Juan y Antonio de Ulloa vinieron en la expedición organizada por la *Académie Royale des*

2 Ejemplos iniciales son las visitas mandadas hacer desde la época de Pizarro, que continuaron bajo La Gasca (1549) y Toledo (1570-75), proporcionando una base para el establecimiento de los tributos (cfr. Pease, *Del Tawantinsuyu a la Historia del Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978, cap. I). A fines del siglo XVI (1580-90) se iniciaron las relaciones geográficas que fueron recopiladas por Jiménez de la Espada (1881-1883; una segunda edición de las *Relaciones Geográficas de Indias* en Biblioteca de Autores Españoles, Madrid 1965).

Sciences de París, destinada a lograr una mejor medición de dos arcos del meridiano terrestre; el viaje duró casi diez años, entre 1735 y 1744. La obra de ambos, *Relación histórica del viaje a la América Meridional* (Madrid 1748; 4 tomos en 2 vols.) fue escrita por orden del Monarca español; el mismo año publicaron *Observaciones astronómicas y phisicas hechas por orden de S. Magestad en los reynos del Perú… de las cuales se deduce la figura y magnitud de la tierra, y se aplica a la Navegación,* donde expusieron los resultados de sus estudios sobre latitudes, movimientos de planetas (especialmente de los satélites de Júpiter), medida del arco del meridiano, etc. Al lado de la misión explícita y geográfica, los autores estuvieron en condiciones de informar al rey de España sobre la situación interna de las colonias; dicho informe fue titulado *Noticias secretas de América según el estado naval, militar y político de los reynos del Perú, y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile*… (Impreso por David Barry, Londres 1826; nueva edición; Editora Mar Océano, Buenos Aires, 1953). Indicaron claramente los problemas que los burócratas reformistas e ilustrados habían señalado sobre el alcance real de las disposiciones gubernamentales relativas a la autonomía y no responsabilidad de las autoridades

locales, al margen y por debajo de la ley que las regía. Además de su utilidad histórica, los escritos de Juan y de Ulloa proporcionan útiles informaciones geográficas, descripciones y mediciones del amplio ámbito que les tocó visitar. No estará de más indicar que Ulloa regresó al Perú en 1758, como gobernador de las minas de azogue de Huancavelica; posteriormente tuvo igual cargo en la Louisiana meridional, en la Florida y, finalmente, comandó la flota española en el Golfo de México. En 1772 aparecieron sus *Noticias americanas,* una descripción general que abarcaba el medio físico, los habitantes y los productos del Nuevo Mundo, donde se aprecian además sus inclinaciones arqueológicas, etnográficas e históricas (nueva edición: Editorial Nova, Buenos Aires 1944).

En 1773 publicó en Gijón, D. Alonso Carrió de la Bandera (escondido bajo el doble alias de Calixto Bustamante Carlos Inca y de Concolorcorvo) su *Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Ayres hasta Lima…*, en el cual se analiza a la vez que una descripción geográfica a lo largo del camino, las circunstancias del tráfico mercantil en la región sur de América. La difusión de la obra fue grande con el tiempo y su crítica mordaz se ha hecho conocida; aunque su valor no es

específicamente geográfico, proporciona informaciones útiles y ejemplifica a la vez los criterios empleados por los viajeros-administradores coloniales de su época.[3] Entre 1786 y 1789, D. Antonio de Alcedo y Herrera publicó su *Diccionario Geográfico e histórico de las Indias Occidentales o América*, en 4 volúmenes, que reúne información geográfica y toponímica, referencias históricas y etnográficas, información económica (sobre todo agraria y minera), etc. Entre 1791 y 1795, la revista *Mercurio Peruano*, impresa en Lima por la Sociedad de Amantes del País, reunió diversas descripciones y artículos geográficos (entre 1965 y 1967, la Biblioteca Nacional del Perú reeditó íntegramente esta revista en sus 12 volúmenes).

Distinto es el caso de Alexander von Humboldt, quien transitó el país en su periplo americano, aunque no llegó a dedicarle una obra específica como hiciera con México, sino que sus apreciaciones se encuentran diseminadas en diversos escritos, incluyendo por cierto el *Ensayo político sobre la Nueva España* (1827). Su texto

3 Sobre Carrió de la Bandera, ver Real Díaz, José J. «Don Alonso Carrió de la Bandera autor del *Lazarillo de ciegos caminantes*» (*Anuario de Estudios Americanos*, XIII, Sevilla 1956; reproducido en *Relaciones Histórico-Literarias de la América Meridional*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid 1959) y Macera, Pablo, Introducción a *Reforma del Perú* de Alonso Carrió de la Bandera (Lima 1966).

«El altiplano de Cajamarca, la residencia antigua del Inca Atahualpa» fue incorporado a su *Ansichten der Natur* (1860). Mucho más destacado es el caso de otro alemán, Ernst W. Middendorf, médico que residió 25 años en el país, publicando estudios sobre lenguas andinas, y su *Peru (Beobachtungen und Studien über das Land und Seine Bewohner wahren eines 25 jahrs)*, editado en Berlín (1893-95, y recientemente traducido al español por la Universidad de San Marcos). Middendorf se ocupó además de temas arqueológicos, levantó planos de antiguas construcciones andinas, escribió sobre los incas y sobre la colonia, anotó minuciosamente sobre sus contemporáneos, relató las costumbres y describió sus viajes por el país. También Johann Jakob von Tschudi dejó una obra importante y es normalmente calificado entre los viajeros; sus cuatro años de residencia peruana (1838-42) dieron origen a una serie de estudios que, junto con la descripción minuciosa de paisajes de diversas regiones, estudiaron la población, incursionaron en la lingüística, la arqueología y otros campos, analizando la literatura quechua, dejando una obra de singular relieve que incluyó una traducción al alemán del drama *Ollantay*.

También destacaron en la república decimonónica los estudios de Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz, quien publicó unas *Memorias científicas, agrícolas e industriales* (2 vols. Bruselas 1857), que incorporaron una detallada descripción de las riquezas naturales del país. Asimismo tienen singular relieve sus escarceos arqueológicos precursores, y los numerosos escritos sobre el Perú en general. Los trabajos de los hermanos Mateo y Mariano Felipe Paz Soldán señalaron también un momento de especial interés; el primero preparó una *Geografía del Perú* (editada por el Gobierno del Perú, Firmín Didot, Paris 1862 y reimpresa después en francés), y el segundo editó el *Diccionario Geográfico-estadístico del Perú* y un *Atlas geográfico del Perú* (1865). Junto con ello, las descripciones geográficas del siglo XIX peruano incluyen una larga lista que va desde aquellas mandadas hacer entre 1803 y 1805 por la administración colonial y que estudiara Macera, hasta los numerosos informes de misioneros y exploradores, relacionados sobre todo con la región amazónica. Pero entre 1865 y 1888 observamos un incremento notorio del interés por la investigación geográfica, con los estudios de Antonio Raimondi (1826-1890), autor de la más importante obra geográfica de la época. Milanés, llegó al Perú en

1850, recorriendo durante 17 años el territorio del país; sus obras principales fueron *Apuntes sobre la provincia litoral de Loreto* y su monumental *El Perú* (4 volúmenes, de los cuales 2 están dedicados a una historia de los estudios geográficos en el Perú, 1874), que junto con el *Atlas del Perú* constituyen la culminación de sus estudios peruanistas. El Atlas comenzó a publicarse en 1883 y se terminó de imprimir a través de la Sociedad Geográfica de Lima en 1900, después de haber fallecido su autor; incluye un mapa general del Perú (1: 500,000) y 32 hojas con diversos mapas regionales.

La fundación de la Sociedad Geográfica de Lima (1888) dio comienzo a una etapa diferente, que duró básicamente hasta el establecimiento del Servicio Geográfico Militar. Desde su fundación, la Sociedad Geográfica editó una revista especializada, así como otras publicaciones (i.e. *Anuario Geográfico del Perú*), de particular relieve.

Desde la segunda década de este siglo, Oscar Miró Quesada y Ricardo Bustamante y Cisneros introdujeron la influencia de geógrafos europeos (Brunhes, Vellaux, Vidal de la Blanche), especialmente el último (*Geografía*

humana del Perú, Lima 1930). Al mismo tiempo, Carl Troll, geógrafo alemán, hacía sus estudios de ecología andina que señalaron una época en el desarrollo de la disciplina en el Perú. Aunque uno de sus estudios fue traducido en los mismos años 30, sólo después de una década se hizo notable su influencia, especialmente a través de la obra de Javier Pulgar Vidal. En la misma tercera década, Emilio Romero inició una serie de sucesivas ediciones mejoradas continuamente de su *Geografía económica del Perú* (1a. ed. Lima 1930), buscando construir una geografía de la agricultura, la alimentación y la producción en general. La geobotánica despertó interés desde finales de los años 30, con la obra de Fortunato L. Herrera (*Catálogo alfabético de los nombres vulgares y científicos de las plantas que existen en el Perú* [1939] y *Sinopsis de la flora del Cuzco* [1940]); después destacó especialmente el libro de Augusto Weberbauer *El mundo vegetal de los Andes peruanos* (Lima 1945).

Cuando en 1946 Javier Pulgar Vidal publicó la primera edición de su *Historia y Geografía del Perú: las ocho regiones naturales*, se abrió una perspectiva relacionada con las valiosas sugerencias de Troll, de diez años antes; Pulgar propuso, en sucesivas ediciones ampliadas de este

libro, la identificación de ocho regiones ecológicamente diferenciadas, en oposición a la clásica de tres (costa, sierra y selva) inaugurada por los cronistas del siglo XVI. El desarrollo de los estudios ecológicos, especialmente a través de los estudios de Joseph Tosi (Universidad Nacional Agraria La Molina), ha continuado hasta nuestros días; el libro de Joseph Tosi, *Zonas de vida natural en el Perú* (1960) ha influido en los estudios sobre el tema desarrollados actualmente en la Oficina de Evaluación de los Recursos Naturales (ONERN), y abierto nuevas vertientes relacionadas sobre todo con análisis arqueológicos y etnohistóricos.

La creación (1962) de la Oficina Nacional de Evaluación de los Recursos naturales (ONERN) ha permitido en los últimos quince años el estudio progresivo de aproximadamente el 32% de la superficie territorial del Perú, en términos de recursos naturales. Colaborador del Instituto Nacional de Planificación, ONERN pertenece como Organismo Descentralizado al pliego de la Presidencia de la República y se encuentra desde 1969 bajo la inmediata jurisdicción del Primer Ministro.

El Instituto Nacional de Planificación hizo en 1972 un Atlas, bajo la coordinación de Carlos Peñaherrera del Águila; se trata, al margen de la Carta Nacional preparada por el Instituto Geográfico Militar, del esfuerzo más completo para poner a disposición del lector un material geográfico didáctico.

En 1923, el Instituto Geográfico Militar inició el levantamiento de la Carta Nacional, elaborando paralelamente diversas cartas locales. En 1959, el mismo Instituto comenzó el trabajo aerofotográfico de la carta nacional (1:1 000,000). Al lado de su labor cartográfica, el Instituto Geográfico ha extendido su ayuda técnica a los proyectos nacionales de desarrollo, carreteras, áreas adjudicadas a la reforma agraria, áreas de expansión urbana, etc.[4]

4 Una mayor información sobre cartografía peruana en Dunbar Temple, Ella. «La cartografía peruana actual», Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, 1964.

CAPITULO II

HISTORIA DE LOS ANDES E HISTORIA DEL PERÚ

Cuando llegaron los españoles a los Andes en el siglo xvi inauguraron, al mismo tiempo que su dominio colonial, una imagen histórica de la población andina. Los cronistas de ese siglo y del siguiente se abocaron, casi al mismo tiempo que cantaban la epopeya de la conquista, a elaborar una historia del pueblo conquistado. Las versiones que escribieron, que no escatimaron méritos ni hazañas a los vencedores, garantizaron a la vez el elogio y hasta la idealización de los vencidos. Por ello los cronistas elaboraron a lo menos dos utopías retrospectivas: mientras la primera glorificaba a los incas como señores de un imperio perfecto —cuya máxima formulación fueron los *Comentarios reales de los incas*, del Inca Garcilaso de la Vega, y emulaba las obras de Thomas More y de Campanella—, la segunda mitificaba el despotismo y la crueldad de los gobernantes del Tawantinsuyu, rodeando de un aura de justicia a la conquista española, y devolviendo de esta manera a los

hombres andinos la libertad necesaria para obedecer al nuevo poder.

Los matices que rodearon la historia prehispánica fueron determinados entonces por los autores de las crónicas que tradujeron, no sólo idiomáticamente sino conceptualmente las informaciones y los mitos andinos que recogieron, volcándolos en una historia de los incas que escribieron a la manera de las historias occidentales, manteniendo sin duda la calidad literaria al mismo tiempo que la identificación con un esquema histórico lineal y progresivo que reclamaba también ancestros bíblicos; por ello muchos cronistas se esforzaron en emparentar a los hombres andinos, como a los americanos en general, con las primitivas diásporas del antiguo Israel. Incluso los cronistas andinos como Felipe Guamán Poma de Ayala, propiciaron esta identificación a su manera.

Fuera de las crónicas, poco fue lo que escribió sobre los incas, al margen de la frondosa documentación oficial que los aludía a veces, y de las informaciones de méritos y servicios que los conquistadores proliferaron en busca de mercedes reales; sin embargo, sus relatos alimentaron una literatura mitologizante, que contribuyó fuertemente

la vigilancia de la conciencia utópica; el paraíso terrenal obtuvo de esta manera una nueva propuesta territorial (León Pinelo). Después del siglo XVII, sólo los movimientos subversivos del siglo XVIII hicieron volver a los incas a la preocupación diaria de la colonia, ahora como fantasma que exorcizar, identificados con los sucesivos caudillos y, tal vez más que ningún otro, con Túpac Amaru en 1780, cuando culminaba un ciclo de rebeliones andinas. Las cosas llegaron entonces a tales extremos, que la autoridad colonial consideró oportuno hacer retirar de la circulación y prohibir la lectura de las obras del Inca Garcilaso de la Vega, acusándolas de alimentar la subversión.

En los siglos XVIII y XIX, fueron los viajeros quienes reavivaron el interés, casi al mismo tiempo que la arqueología de los anticuarios precursores rompía una vez más la virginidad de los suelos de Europa, prestigiados por la tradición clásica. Los nombres de Alcide d'Orbigny, E. G. Squier, Humboldt, Middendorf, von Tschudi, Sartiges y muchos más, rotularon el campo que la naciente arqueología exploraría después, al mismo tiempo que nuevos eruditos en España y América recopilaban las crónicas manuscritas en busca

de información, imprimían las inéditas y reimprimían otras, dando también un nuevo auge al interés por las antigüedades americanas; nombres como los de Marcos Jiménez de la Espada, Andrés González de Barcia, Martín Fernández de Navarrete, Clements R. Markham, ilustran esta actitud representada en el Perú en diversas formas por Mariano E. de Rivero, Manuel González de la Rosa, José Toribio Polo, Félix Coronel Zegarra, Manuel de Odriozola, Enrique Torres Saldamando, Manuel de Mendiburu, aún Ricardo Palma, tarea continuada paulatinamente por generaciones de eruditos hispano-americanos, paleógrafos, bibliófilos y escritores de historias. Al afinarse los criterios, desde fines del siglo XIX, estudios como el de Heinrich Cunow sobre la organización social de los incas, atrajeron nuevos problemas y lecturas; también el XIX vio aparecer la arqueología en el país, desarrollándose una nueva línea de interés e investigación.

El desarrollo de la arqueología y de la historia andina del Perú forman parte de los capítulos posteriores; interesará en cambio presentar aquí las líneas generales de síntesis a partir de la obra de William H. Prescott (1857), cuyos dos volúmenes de *History of the Conquest*

of Peru proporcionaron tanto una visión sintética del Tawantinsuyu, como una imagen de la conquista española y sus avatares hasta el establecimiento del sistema colonial. Durante el siglo XIX, las obras de Sebastián Lorente abrieron el camino de la síntesis al mismo tiempo que el monumental *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, del general Manuel de Mendiburu, precisaba informaciones personales y factuales para la época colonial. También en el siglo pasado, Mariano Felipe Paz Soldán en primer lugar, y otros autores después, iniciaron una tarea de síntesis histórica del Perú posterior a las guerras de la independencia. Multitud de pequeños ensayos y hasta revistas plenas de estudios históricos (el caso de la *Revista Peruana*, editada en 1879 por Mariano Felipe Paz Soldán, es importante ejemplo) acompañaron las obras de síntesis de los autores mencionados.

En el siglo XX, la historia ha sido en el Perú una ciencia a la defensiva, escribió una vez Pablo Macera; esto es cierto en cuanto que la vida académica e institucional fue fundamentalmente, y sigue siendo en mucho, dependiente e importadora de materiales teóricos cuya aplicación es cuando menos discutible. Al margen de *La Historia en el Perú*, de Riva Agüero (1910), que significó un aporte

real y cuyo valor no ha menguado demasiado con los años, la tendencia predominante a comienzos de siglo ha sido marcadamente descriptiva y no problemática. Cierto que los valiosos esfuerzos de síntesis de Nemesio Vargas o de Carlos Wiesse estuvieron naturalmente encuadrados dentro de tardíos cánones positivistas, pero proporcionaron una imagen de conjunto (Vargas sobre el Perú independiente, Wiesse con sus cursos universitarios, impresos luego), que reemplazó las historias anteriores de Lorente o Markham. Más adelante, el panorama cambió sustancialmente con las obras de historiadores más profesionales: Luis E. Valcárcel, Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre (todos nacidos antes de 1905); Valcárcel inauguró junto con el arqueólogo Julio C. Tello, un estudio más científico del Perú antiguo y andino, sentando las bases docentes de la antropología en el Perú; Porras hizo del estudio de los cronistas una escuela historiográfica con discípulos valiosos y vigentes (especialmente María Rostworowski, Carlos Araníbar y Pablo Macera), dedicados al mundo prehispánico y a la colonia y la historia económica; Basadre, autor de una monumental e imprescindible *Historia de la República del Perú*, inauguró una nueva reflexión sobre la historia en nuestro medio; su libro *La multitud, la ciudad y el*

campo en la historia del Perú (1929) no sólo introdujo la imagen de la multitud como personaje histórico, sino que llevó la posibilidad del análisis de los cambios y las continuidades históricas al ámbito de lo que Fernand Braudel llamaría años después «larga duración».

Rubén Vargas Ugarte llevó un camino distinto, compartiendo con Porras el equipo editor de fuentes y la preparación de útiles manuales bibliográficos, pero dedicó sus mayores esfuerzos a la elaboración de una síntesis de la historia colonial, aumentada en sus últimos años con un volumen sobre la conquista y otros desde la independencia a la república. De esta manera, puede decirse que en cierta medida intentó completar la obra de su padre Nemesio Vargas, sobre el Perú independiente, en la idea de lograr una historia general que se centró básicamente en la administración civil y religiosa. Pero el tema colonial encontró cultores que desbrozaron el camino en términos diferentes, preocupándose por un mayor cuidado heurístico y hermenéutico: Ella Dunbar Temple incursionó en la historia institucional con temas variados que fueron desde el rastreo de los descendientes de Huayna Cápac (publicado en la *Revista Histórica*) y otros temas coloniales, pasando al estudio

de los materiales relativos a las rebeliones rurales de la emancipación. De otro, la de Guillermo Lohmann Villena, quien inauguró una historia colonial sobre bases estrictamente documentales, abandonando los esquemas generales y tocando temas específicos, en su mayoría vírgenes, destacando sus libros sobre minería del azogue, los corregidores, el arte dramático o los banqueros del siglo XVI. Se fue precisando así una temática colonial y se introdujeron en ella los criterios rigurosos en el manejo de las fuentes y en la escrupulosidad de su origen archivero.

La historiografía republicana se ha identificado sucesivamente con las obras de Lorente, Vargas, Wiesse y Basadre, desde el siglo pasado hasta el presente, a través de una serie de autores que se preocuparon por síntesis a veces polémicas (Dávalos y Lissón), que no excluyó un cierto monografismo, centrado muchas veces en la temática biográfica. Desde Lorente hasta Basadre se ha notado el perfeccionamiento de las historias generales, lográndose en el último una relación sistemática con los problemas metodológicos que la investigación plantea, al mismo tiempo que las historias generales se transformaban en problemáticas, como

ocurre con Basadre, en el tránsito de una historia-relato a una historia-problema. Los últimos años han visto aparecer nuevos estudios, específicamente en el terreno bibliográfico y el análisis de las fuentes de la época (especialmente Basadre, quien completó de esa manera su *Historia de la República*), sobre asuntos económicos (Bonilla), que no olvidaron la edición de los informes políticos y financieros de los cónsules británicos; también sobre las estructuras sociales del país (Yepes), creciendo la participación de la temática histórica en las revistas, aún no especializadas.

Actualmente, la historiografía peruana en general parece tomar nuevos rumbos, derivados en mucho del inicio de la profesionalización de los historiadores, especialmente en torno a las universidades y no en función de centros de investigación ajenos a ellas (con la sola excepción del Instituto de Estudios Peruanos). La temática colonial ha incidido también en torno a la vida económica (Macera, Tord, Burga) y la sociedad y sus problemas (Macera, Tord, Kapsoli, Flores Galindo), aunque otros campos son también trabajados; así mismo ingresa a la temática andina el conjunto de estudios de etnohistoria, que intentan precisar a nivel generalmente

rural la situación de la población andina dentro y fuera de la estructura colonial propiamente dicha (Rostworowski, Murra, Espinoza, Spalding, Pease, Wachtel), aunque es cierto que las perspectiva etnohistórica no está necesariamente encasillada en la periodificación acostumbrada y tiende más a la comprensión del fenómeno andino en una mayor duración.

Hasta 1966, la *Revista Histórica* fue la publicación periódica más importante, no sólo por su constancia casi permanente desde comienzos del siglo, sino por los contenidos, en torno a una temática siempre renovada en los últimos tiempos por el interés de su director D. Manuel Moreyra y Paz Soldán; fue editada por el Instituto Histórico del Perú, convertido luego en Academia Nacional de la Historia. En la década de los años 40, *Historia*, dirigida por Jorge Basadre, significó una publicación ágil que combinó los estudios históricos con el análisis de los problemas del momento; surgida en un instante de apertura política, precedió los días del Frente Democrático que eligió Presidente de la República a José Luis Bustamante y Rivero. Posteriormente, la Sociedad Peruana de Historia editó *Documenta*; el Museo Nacional de Historia, *Historia y Cultura* y, en los últimos años, las

universidades de Arequipa y la Universidad Católica de Lima iniciaron la edición de dos nuevas revistas —*Historia* e *Histórica,* respectivamente—. Entre las revistas no especializadas que suelen incluir materiales históricos, podemos precisar: *Mar del Sur*, *Amaru*, *Revista del Museo Nacional*, *Proceso* (Universidad Nacional del Centro del Perú), *Revista Universitaria* (Cuzco), *San Marcos* (Universidad de San Marcos), *Apuntes* (Universidad del Pacífico), *Scientia et Praxis* (Universidad de Lima).

A. Arqueología

Los primeros europeos que proporcionaron información sobre restos arqueológicos en el área andina y peruana fueron los cronistas del siglo XVI; algunas de sus descripciones, especialmente las de Pedro Cieza de León, sirvieron durante muchos años para ejemplificar los restos antiguos del hombre peruano y su forma de vida. Entre los siglos XVII y XIX, diferentes viajeros describieron ruinas y las dibujaron, al mismo tiempo que curiosos eruditos peruanos (Manuel González de la Rosa, Pablo Patrón, etc.) inclinaron algunas veces su interés intelectual hacia la descripción de antigüedades,

monumentales o no; entre los viajeros destacaron por su apreciación arqueológica E. G. Squier, J. J. von Tschudi, Middendorf, Bandelier y otros más. En 1851, Mariano Eduardo de Rivero publicaba junto con Johann Jakob von Tschudi sus *Antigüedades peruanas* (2 vols. Viena), el primer manual de arqueología peruana (reimpreso posteriormente, pero en forma fragmentaria). En los albores del siglo xx un arqueólogo alemán, Max Uhle, introdujo la excavación sistemática, añadiéndola a la descripción, juntamente con el análisis estratigráfico, en sus trabajos realizados especialmente en la costa peruana (Chincha, Ica, Ancón, Chancay, Arica), aunque posteriormente amplió sus intereses a la sierra sur (especialmente Arequipa, Puno y Cuzco), desarrollando también tareas museográficas en la Dirección del Museo de Historia Nacional de Lima. Por el mismo tiempo, José Toribio Polo, conocido por sus estudios de Historia, analizaba los monolitos de Chavín, Erland Nordenskjold exploraba la región del lago Titicaca, y la expedición Créqui-Montfort excavaba en Tiawanaku. También en los primeros en los primeros años del siglo, Manuel González de la Rosa estudiaba los restos hallados bajo el guano costero e insular y opinaba sobre la cronología incaica. Cumplida la década, Arthur Posnanski excavaba

las ruinas de Tiawanaku, iniciando largos años de trabajo en la zona; y entre los años de 1911 y 1915, la expedición de la Universidad de Yale, dirigida por Hiram Bingham, encontraba Machu Picchu en la zona cuzqueña.

Al final de la segunda década del siglo comenzaron a aparecer los estudios de Julio C. Tello, el primer gran arqueólogo peruano. Al margen de emplear las técnicas arqueológicas de excavación, Tello llamó la atención repetidas veces a los estudiosos del pasado andino sobre la importancia de las variables ambientales en la vida de los hombres andinos, a lo largo de su desarrollo anterior al Tawantinsuyu de los incas del Cuzco. Dejó además numerosos discípulos que continuaron su obra (Rebeca Carrión Cachot, Toribio Mejía Xesspe, Julio Espejo Nuñez), al mismo tiempo que inauguraba una tradición de estudios arqueológicos en el país. La obra de Tello, investigación y docencia, se concentró en cierta medida en la región andina: Chavín, aunque influyeron en su hipótesis en forma decisiva sus estudios sobre la hoya del Marañón en general; Tello elaboró una teoría de la formación de las culturas andinas del Perú que precisaba el desarrollo primigenio de las zonas altas y su posterior expansión a la franja costera; Chavín quedó

transformado en la «cultura matriz» de la civilización andina, y sirvió de eje de las investigaciones de Tello. También, desde la década de los años 30, el historiador Luis E. Valcárcel incursionó en la arqueología cuzqueña, añadiendo a las excavaciones el manejo sistemático de las fuentes históricas, especialmente crónicas escritas sobre el ámbito cuzqueño en los siglos XVI y XVII. La influencia formadora de Tello y de Valcárcel dio categoría universitaria a la arqueología en el Perú y su docencia se transmitió tanto en la Universidad de San Marcos de Lima, como en el Museo Nacional de Antropología y Arqueología y el Museo Nacional de la Cultura Peruana, que ambos fundaron y dirigieron, logrando que la disciplina arqueológica impactara por primera vez en la vida nacional. Valcárcel dirigió la *Revista del Museo Nacional* durante cuarenta años, convirtiéndola en la más importante publicación de arqueología y etnología andinas, cuya aparición continúa hasta nuestros días; Tello dirigió las revistas *Inka* y *Wirakocha*, de menor duración.

Paralelamente a esto, el área andina se transformó en campo de trabajo de diversos equipos internacionales de especialistas, cuya presencia dejó huellas tanto en la

formación de los arqueólogos peruanos, como también en la constante modificación de los métodos y los criterios del trabajo arqueológico. Inicialmente, Alfred L. Kroeber y sus alumnos dieron comienzo a la traducción de estudios arqueológicos patrocinados por la Universidad de California (Berkeley). Desde los años 30, Wendell C. Bennett venía trabajando en Tiawanaku, junto al lago Titicaca; un proyecto del Institute of Andean Research coordinó múltiples esfuerzos entre 1941 y 1943: William D. Strong; Gordon Willey y John H. Corbett estudiaron la región costera; Julio C. Tello inició sus excavaciones en Paracas, en la costa central del Perú; John H. Rowe inició sus excavaciones y análisis de la arqueología del Cuzco; Theodor Mc. Cown lo hizo en la sierra norte, mientras en el altiplano del Titicaca trabajaban Marion Tschopik y Alfred Kidder II. Al finalizar la segunda guerra mundial, Bennett incluyó en el *Handbook of South American Indians* (1946), cuya edición colocó un hito especial referencia en los estudios andinos, un resumen o estado de la cuestión arqueológica. Al mismo tiempo se realizaba el Proyecto Virú en la costa norte, también coordinado por el Institute of Andean Research, el cual contó con la participación de Bennett (Yale), Strong (Columbia), Willey (Smithsonian Institution), Junius Bird (American

Museum of Natural History), James Ford y Clifford Evans (Columbia) y Donald Collier (Chicago Natural History Museum). El Proyecto Virú estableció, además de nuevos criterios para el tratamiento de la arqueología de la costa norte, una nueva perspectiva para el análisis de las civilizaciones anteriores al empleo de la cerámica. El descubrimiento del periodo llamado desde entonces «precerámico» dejó establecida una nueva categoría en los estudios de la arqueología andina.

Los años 50-60 permiten un reflorecimiento de la arqueología peruana, cuando antiguos discípulos de Tello comenzaron a publicar los resultados de sus investigaciones y dieron testimonio de su quehacer en la docencia universitaria y en la organización de Museos (Rebeca Carrión, Jorge C. Muelle). Una buena muestra del interés y desarrollo de los trabajos puede apreciarse cuando, al final de la década, se presentó un conjunto de trabajos al II Congreso Nacional de Historia del Perú (agosto de 1958); revisando las actas del mismo podemos notar un panorama interesante que incluyó los primeros resultados de los trabajos de Paul Kosok sobre la irrigación de la costa norte, los de Duccio Bonavía sobre Chilca (donde Frederic Engel encontraría después una

antigua agricultura a las orillas del mar), la presentación de problemas de una arqueología histórica vigente en los estudios de Ramiro Matos Mendieta y Luis Guillermo Lumbreras sobre poblaciones de la sierra centro-sur del Perú; finalmente, la presentación de Augusto Cardich de los primeros resultados de sus excavaciones en Lauricocha. De una o de otra manera, dicha reunión abrió puertas e indicó rutas de trabajo continuadas después por años, desde que por ejemplo Matos y Lumbreras siguieron interesados en la sierra central el primero (que lo condujo a proyectos interdisciplinarios de envergadura como los que desarrolló en los últimos años), y en la de Ayacucho el segundo, quien elaboró una hipótesis sobre la formación de la cultura Wari; («horizonte medio») estudiada también por Dorothy Menzel (Berkeley). Los trabajos de Cardich significaron entonces una ruptura radical con las cronologías limitadas para los pobladores primitivos de altura (8 000 años a.C.) cuyos resultados continuados hasta hoy día han significado no solamente un nuevo horizonte cronológico, hoy ampliable, sino que ha representado el estudio de los regímenes arcaicos de cultivo en la zona altoandina, con el auxilio del estudio de los paleoclimas; los resultados de los trabajos de Cardich siguen abriendo rutas novedosas.

En la década del 60 (realidad desde 1958) se llevaron a cabo los estudios de la misión arqueológica de la Universidad de Tokio, estableciéndose nuevos ámbitos, no solamente para la región donde se hicieron los trabajos (Kotosh, departamento de Huánuco), sino para el área andina y su arqueología. El templo de las «manos cruzadas» (perteneciente al precerámico) de Kotosh, inició una datación cerámica con una larga trayectoria que llega al primer milenio d.C. (Cfr. E. Ishida et. al. *Andes, The Report of the University of Tokio Scientific Expedition in 1958*, Tokio 1960; Seiichi Isumi y Toshibuko Sono, *Andes 2. Excavations at Kotosh, Perú, 1960*, Kadikawa Publishing Co. Tokio 1963). El templo de las manos cruzadas, llamado así por un relieve que las representa, ha marcado junto con los trabajos de la misión japonesa, un momento de particular interés en el desarrollo de la arqueología andina.

Continuaron por entonces las investigaciones de John H. Rowe sobre arqueología cuzqueña y, en colaboración con Dorothy Menzel, en Ica. La presencia de Rowe tiene una importancia especial, desde que combinó su trabajo en el Cuzco con la compulsa sistemática de las fuentes escritas de los siglos XVI y XVII (*An Introduction to the*

Archaeology of Cuzco, Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, XXVII, 1944; «The chronology of Inca Wooden Cups», en *Essays in Pre-Columbian Art and Archaeology*, por Samuel K. Lorthop y otros, Harvard, 1961; y otros estudios), Rowe trabajó también campos diferentes (*Chavín Art. An Inquiry into his Form and Meaning*, The Museum of Primitive Art, New York 1962; versión española en *Historia y Cultura,* 6, Lima 1972); influyendo constantemente en el desarrollo de la discusión arqueológica peruana.

La misma década 50-60 vio un tipo de desarrollo vinculado a la docencia universitaria que ingresaba entonces en una etapa de expansión; los arqueólogos ampliaron entonces su campo de acción y empezaron una larga tarea formadora que se intenta mantener. Nombres como los de Rosa Fung Pineda, Josefina Ramos de Cox, Federico Kauffmann, Duccio Bonavía, Manuel Chávez Ballón, Luis Guillermo Lumbreras, Hans Horkheimer, Ramiro Matos Mendieta, Máximo Neira Avendaño, Rogger Ravines, Francisco Iriarte y muchos más, aparecen vinculados a la tarea universitaria en las Universidades de San Marcos, Católica de Lima y otras

de la capital y ciudades como Arequipa y Trujillo, Cuzco y Huancayo.

En general, puede decirse que la arqueología ha ido dedicando sus esfuerzos en los últimos años a la precisión técnica; ello es cierto, pero también se puede apreciar que los arqueólogos —al igual que los historiadores— manifiestan una necesidad de perfilar mejor sus instrumentos de trabajo y de análisis; a ello se debe un cierto monografismo que va conduciendo poco a poco a nuevos horizontes. En un medio donde la profesionalización académica tropieza siempre con dificultades casi insalvables de financiamiento y apoyo, se hizo necesario trabajar intensamente en torno a la profesionalización del arqueólogo (cosa similar ocurrió con otras ciencias humanas); aunque logrado a medias, se manifiesta un apreciable desarrollo de las técnicas de investigación y, en los últimos años, un mayor interés en los estudios interdisciplinarios. Desde los libros de Kauffmann y Lumbreras, no existe un nuevo intento de síntesis de los conocimientos arqueológicos, aunque las publicaciones periódicas (revistas de museos, especialmente) vienen divulgando los resultados de las últimas investigaciones, y las compilaciones de trabajos

diversos (Ravines, por ejemplo) proporcionan útiles estados de investigación. Un problema fundamental en relación a la arqueología y su ubicación en esta bibliografía está en el hecho de que muchas e importantes contribuciones de la arqueología en el Perú ocupan las páginas de publicaciones periódicas, no encontrando ubicación precisa aquí; las bibliografías mencionadas más adelante son lamentablemente incompletas, siendo urgente la elaboración de una bibliografía arqueológica peruana.

Al revisar las bibliografías y los contenidos de las revistas, parecería notarse un incremento de las investigaciones de la zona andina de altura (cfr. los trabajos de Danièlle Lavallé y Michele Julien, por ejemplo), menos trabajada antes, posiblemente por los altos costos que demanda. Si bien en los últimos los proyectos nacionales relacionados con el turismo han dispuesto de fondos específicos, no todos los resultados obtenidos en ellos han sido publicados. Los investigadores reciben escaso respaldo institucional, de la misma forma que ocurre en otros ámbitos de las ciencias humanas. Otro sector que se aprecia poco trabajado es el de la arqueología del Tawantinsuyu, si bien es preciso resaltar que en algunos

casos últimos (Craig Morris sobre Huánuco Pampa, por ejemplo) se han logrado interesantes resultados (una anotación útil: ver los dos volúmenes de la visita realizada por Íñigo Ortiz de Zúñiga a Huánuco, editada por John V. Murra en 1967-1972, donde arqueólogos como Morris y Matos Mendieta aportaron interesantes conclusiones).

Es previsible, en cierto modo, la preparación de nuevas síntesis y el incremento de la investigación en la sierra, así como el mayor interés que toma actualmente la arqueología amazónica, donde los esfuerzos de Donald Lathrap, Duccio Bonavía y Roger Ravines, entre otros, han tenido resultados promisorios.

B. Historia andina

La historia andina puede aparecer fácilmente con diversas facetas que obligan a esta categorización específica. Inicialmente, desde el siglo XVI, los cronistas se preocuparon por escribir una historia de los incas; occidentalizaron entonces las informaciones que recibieron, y ello significó no solamente una perspectiva occidental que incluyó a los Andes dentro de la imagen histórica generada en Europa y en crecimiento paralelo al proceso en de expansión europea, sino sobre todo la

inevitable interpretación de la vida andina bajo categorías europeas. Sin embargo, los pobladores andinos dejaron de alguna manera de ser sujetos de una historia peruana más rápidamente de lo pensable, pues, en líneas generales, instalado el régimen colonial y desaparecidas las primeras generaciones de cronistas, los escritores fueron ocupándose progresivamente menos del pasado andino, al mismo tiempo que los incas ganaban notoriedad en las ediciones y traducciones de los cronistas en Europa.

Avanzado el siglo XVII y mientras se pensaba en el logro de una *pax colonial* definitiva después de las campañas de extirpación de las «idolatrías» andinas, las crónicas iniciales fueron reemplazadas por las de convento e incluso por diversos «diarios de acontecimientos» (Suardo, Mugaburu) que fueron «urbanizando» progresivamente la imagen histórica que se proporcionaba a través de ellos. Las crónicas de convento tocaron sin duda temas andinos prehispánicos, en el sentido de proponer introducciones para sus relatos centrados prioritariamente en la conquista, la evangelización y la obra misionera de cada orden religiosa; de esta manera la información andina quedó progresivamente limitada en ellas, resaltándose ciertamente lo religioso dentro de la descripción de la

evangelización y su comparación con la religión andina anterior. Muchas veces fue visible entonces la presencia de numerosas versiones que propusieron la existencia de gente antigua del ámbito mediterráneo en los Andes, así como también identificaron divinidades andinas con apóstoles de Cristo que habían venido a estas tierras.

El interés por lo andino revivió ciertamente en el siglo XVIII, cuando una parte de los informes de autores administrativos reeditaron opiniones «indigenistas» anteriormente manejadas, y revivieron un interés burocrático por lo andino que no estuvo lejano de las reivindicaciones asociables a la insurgencia de la población de la época (Feyjóo de Sosa, Fray Calixto de San José Túpac Inca y otros). De otro lado, el pensamiento ilustrado introdujo también temáticas andinas a través de las descripciones al uso de entonces, que se editaron en el *Mercurio Peruano* de Lima en los años finales del siglo XVIII, y que abrieron un horizonte a la apreciación y a los intentos de comprensión del mundo y de los hombres andinos.

Pero el interés por lo andino alcanzó un camino distinto a partir de los viajeros del siglo XVIII que

introdujeron simultáneamente la curiosidad y el interés por la descripción arqueológica; sus relatos tocaron el pasado incaico, recordaron los cronistas y generaron un creciente interés que rebasó por cierto al siglo siguiente (Squier, Tschudi, Middendorf, Bandelier, son buenos y no únicamente ejemplos). La misma aproximación comenzó a través de la enseñanza y del ensayo (Pablo Patrón, José Toribio Polo, Sebastián Lorente, Manuel González de la Rosa), que se sustentó en la necesidad urgente de textos orgánicos (en especial Lorente) o en la investigación aislada, generalmente sobre las crónicas, aun cuando los estudios de Polo, Patrón o González de la Rosa incluían la revisión de materiales arqueológicos, iniciada en la mitad del siglo XIX por Mariano E. de Rivero.

En la segunda década del siglo presente, el interés por modificar la óptica histórica de los Andes era ya un hecho; desde 1910, el libro de Riva Agüero, *La historia en el Perú* (así como una polémica sostenida con González de la Rosa en las páginas de la *Revista histórica*, sobre sobre la obra de Garcilaso de la Vega y sus *Comentarios reales*) significó, bajo la apariencia de un recorrido historiográfico y erudito por autores que se ocuparon de

la historia de los incas, de la colonia y de la república, la primera aproximación seria al manejo de las fuentes y a la discusión de su contenido histórico. Toda la primera parte —la más extensa y sustancial del libro— estuvo dedicada a revisar, desde la perspectiva de los *Comentarios reales de los incas*, el estado de los conocimientos sobre la historia incaica, aunque no escaparon algunas observaciones marginales sobre las civilizaciones andinas. La lista puede ser fácilmente ampliada: Víctor Andrés Belaúnde escribió sobre *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*, una tesis para la Universidad de San Marcos (1908); Pedro Yrigoyen publicó en la *Revista Universitaria* (Lima) artículos sobre el Tawantinsuyu; Luis E. Valcárcel presentaba en 1912 una primera tesis universitaria (*Kon, Wiraqocha, Pachacámac*) y en 1925 su libro *Del ayllu al imperio* reunió diferentes preocupaciones en torno a una mejor aproximación a la economía y a la organización social andinas que, en los años finales del siglo XIX habían sido introducidas al trabajo científico por los estudios del alemán Heinrich Cunow, continuados después por Hermann Trimborn. La influencia de Valcárcel se hizo presente primero en la Universidad del Cuzco, donde el grupo «resurgimiento» precedió en buena cuenta al de *Amauta* de Lima, dentro de una

perspectiva revolucionaria e indigenista, y luego en San Marcos, donde sentó las bases de la antropología peruana e introdujo la variante de la perspectiva etnohistórica, donde la historia del Tawantinsuyu ha adquirido una dimensión diferente, que se espera proyectar a una historia andina del Perú.

En 1946, John H. Rowe publicó en el vol. II del *Handbook of South American Indians*, un nutrido trabajo que delineó el estado de los estudios sobre el Tawantinsuyu; desde allí, y bajo la influencia de Valcárcel y Porras, se desarrollaron líneas de investigación que han incidido tanto en los estudios sobre el área andina prehispánica como en una proyección de la historia andina después del siglo XVI (Rostworowski, Murra, Rowe, Espinoza, Guillén, Wachtel, Pease); se perfila al mismo tiempo la influencia de R. T. Zuidema (cuyo libro *The ceque system of Cuzco* aún no ha sido editado en español), que proyecta una visión polémica sobre la organización social cuzqueña. De otro lado, se aviva el interés por un análisis de la religión y el mesianismo andinos (Duviols, Marzal, Ortiz, Millones, Ossio, Wachtel, Pease, etc.; el libro de Pierre Duviols *La lutte contre les religions autochtones du Pérou colonial*. Paris-

Lima, 1971, no se encuentra en español; el de Nathan Wachtel ha aparecido recientemente en español bajo el título de *Los vencidos: los indios del Perú después de la conquista española*, Alianza Editorial Madrid), al mismo tiempo que los estudios sobre pastoreo de las zonas altas de los Andes y su organización económica y social (Flores Ochoa). Esta enumeración incompleta permite ver no sólo que se genera un nuevo ámbito para los estudios sobre los Andes, que propone una perspectiva histórica enraizada en la población andina a través de una larga duración que desborda la presencia colonial, sino que se intenta además considerar de una manera efectiva la presencia andina en la historia del Perú, perfilando los criterios de análisis al mismo tiempo que revalorando las fuentes.

Quedan sin duda muchos aspectos por cubrir, si pensamos que la historia peruana ha sido casi siempre urbana y occidental; es necesario ver en el comportamiento histórico de la población a través de los cambios inaugurados en el siglo XVI. En los últimos quince años se han modificado las categorías de análisis, gracias especialmente a la influencia de Murra, Rostworowski y Zuidema, y se intentan nuevas aproximaciones a los

ámbitos mencionados (Tawantinsuyu, invasión europea y sus consecuencias, así como también aquellas resultantes del contacto y de la presencia española en los ámbitos económicos, organizativos, religiosos y de la imagen del mundo en general). Falta sin duda una revaluación sistemática de las fuentes; se requiere además perfilar mejor la colaboración interdisciplinar reclamada por Murra (1975: cap. XII), escribir una historia andina del Perú que avance hacia el presente; reclama también definir los alcances de la penetración occidental y de la resistencia andina; significa adquirir, finalmente, la conciencia de la vigencia de la experiencia andina en la vida peruana, sin romanticismos.

Nota. Una discusión sobre la etnohistoria podría hallarse en J. V. Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1975), en el prólogo a los *Trabajos de historia*, de Pablo Macera (Instituto Nacional de Cultura, Lima, 1977, vol.1), también Pease «Etnohistoria andina: problemas de fuentes y metodología» (*Estudios andinos* 13, Lima, 1978).

C. Historia colonial

Los estudios sobre la colonia peruana cubren ciertamente un amplio campo de la bibliografía histórica del país; no es el caso de mencionar aquí el caudaloso acopio de documentos, sí en cambio decir que durante los mismos tiempos de la colonia española se escribieron relatos históricos sobre la conquista del siglo xvi (cfr. Porras, *Fuentes históricas peruanas*, Vargas Ugarte, *Manual de estudios peruanistas* e *Impresos peruanos*) aparte de múltiples relaciones de fiestas y de sucesos particulares de la época. La misma administración se encargó de producir a través de las *Memorias de los Virreyes* (editados por Manuel Atanasio Fuentes y por Sebastián Lorente en distintas oportunidades) una serie de relatos específicamente relacionados con el periodo de cada gobernante. Durante el siglo xvii destacaron los autores de «diarios» urbanos que, juntos con los cronistas conventuales, dieron cuenta de los acontecimientos de la vida diaria de las ciudades; también hubo autores de anales (Fernando de Montesinos, Diego de Esquivel y Navia, Nicolás Martínez de Arzáns y Vela) conservadores de registros de noticias. En el mismo siglo, autores diversos como Fray Gregorio García, Antonio de León

Pinelo, Diego Andrés de Rocha y otros, se preocuparon por los orígenes de la población americana y su relación subsecuente hacia la colonia española. Son muchas las obras inventariadas minuciosamente desde el *Epítome* bibliográfico y clásico de León Pinelo, hasta el *Diccionario* de Mendiburu o la *Biblioteca Peruana* de Mariano Felipe Paz Soldán decimonónicos. A partir de Sebastián Lorente las obras síntesis reclaman nuestra atención; sus libros se ocuparon de la vida colonial en torno a los austrias y los borbones, aunque dedicó otros a los tiempos de la conquista y del mundo andino prehispánico. Lorente, sobre todo, puede ser considerado el iniciador de la historiografía universitaria en el país, ejerciendo la docencia por años en la Universidad de San Marcos, desde 1860; inició la edición de sus libros y colaboró en la *Revista Peruana*, tal vez la más importante para el último tercio del siglo XIX. Fue en su tiempo el único que intentó una visión general de la experiencia histórica peruana presentando, como afirma Basadre, el estado de los conocimientos de entonces.

Al lado de las obras de interés general, la historiografía del siglo XIX sobre la colonia se ocupó de diversos temas: la *Revista Peruana* registró así tanto la publicación de

documentos como el «Estado político del reino del Perú» (1742) o la historia de la fundación de Lima, por el P. Bernabé Cobo S. J., estudios sobre Pedro Cieza de León y su crónica y sobre el mismo P. Cobo, preparados por Manuel González de la Rosa o sobre el «Voto consultivo del oidor Bravo de Lagunas» (1780), relacionándose el cultivo de trigo con otros problemas de la agricultura colonial (J. A. de Lavalle). Mendiburu publicaba en la misma revista artículos sobre costumbres de Lima y, Enrique Torres Saldamando su destacado estudio sobre las encomiendas en el Perú, tan importante todavía en nuestros días. La preocupación por las fuentes coloniales condujo entonces a Enrique Tabouelle a opinar favorablemente sobre el rescate de la tradición oral y de

las leyendas populares, que transmiten el pasado de los pueblos sin escritura.

La preocupación por la colonia como ámbito historiográfico continuó después de 1900 en las páginas de la *Revista Histórica* (1906-1967) y la creación del Instituto Histórico del Perú que la editó. En líneas generales, la producción historiográfica sobre la colonia se diversificó conforme avanzaba el siglo, despertándose el interés por

el registro de las epidemias y su expansión (José Toribio Polo), por curacas o señores étnicos posteriores a Pizarro y por la historia étnica en general (Rómulo Cúneo Vidal), por los descendientes de los incas durante la vida colonial (Ella Dunbar Temple). Toda enumeración sería excesiva, pero vale la pena destacar los comienzos de la historia económica en los lúcidos trabajos de Manuel Moreyra y Paz Soldán sobre la colonia peruana.

Rubén Vargas Ugarte inició las historias generales sistemáticas de la colonia, publicando su *Historia del Perú. Virreinato*, primero en Buenos Aires y posteriormente en Lima, bajo el título de *Historia General del Perú*, en la cual añadió volúmenes dedicados a tiempos anteriores y posteriores a la colonia. Vargas escribió, además, un nutrido conjunto de libros y ensayos diversos, publicó fuentes y tal vez el mayor inventario de manuscritos e impresos que, al lado de *La imprenta en Lima*, del chileno José Toribio Medina (1898-1907), forman el más importante repertorio para la historia colonial.

Los cronistas y otras fuentes, Francisco Pizarro y la bibliografía peruana, fueron las mayores preocupaciones de Raúl Porras, invocando una preocupación y un

magisterio exitosos en San Marcos. Editó crónicas, cartas, cedularios, diccionarios bilingües del siglo XVI y del XVII, en Lima, París, Madrid, haciendo conocer la temática y los problemas que rodean a la historiografía sobre la conquista española, aunque también en torno al Tawantinsuyu. Prosista cultivado, Porras destacó también en el campo de la crítica y la historia literaria, en el cual inició su tarea intelectual.

Los estudios de historia institucional fueron iniciados en el siglo pasado por Enrique Torres Saldamando (*Las encomiendas en el Perú*), continuados por Riva Agüero y Jorge Basadre; el primero se ocupó por ejemplo de la audiencia y el segundo abrió rutas en torno a la historia del derecho, aunque también analizó el virreinato del siglo XVII alrededor de la figura del Conde de Lemos y, en 1929, había propuesto la historia rural y la multitud como personaje histórico urbano. Pero también una importante producción historiográfica peruana fue editada fuera del país, desde los libros de Rómulo Cúneo Vidal en las primeras décadas del siglo (*Historia de las guerras de los últimos incas peruanos contra el poder español [1535-1572]* y *Vida del conquistador Francisco Pizarro y sus hermanos…*) al caso de Guillermo

Lohmann Villena, cuyos libros más importantes vieron la luz en España y Francia: *Las minas de Huancavelica en los siglos XVI y XVII* (Sevilla 1949), *El corregidor de indios en el Perú bajo los Austrias* (Sevilla 1957), *Las relaciones de los virreyes del Perú* (Sevilla 1959), *Los Ministros de la Audiencia de Lima* (Sevilla 1974), *Les Espinosa: Une famille d'hommes d'affaires en Espagne et aux Indes a l'*époque *de la colonisation* (Paris 1968).

La obra de Lohmann Villena abrió derroteros especialmente valiosos, en una multitud de artículos, ediciones de fuentes —el *Gobierno del Perú*, del Licenciado Juan de Matienzo, por ejemplo—. Con él se inicia la cuidadosa revisión archivística y el cuidado de

la referencia, que permite la profundización y atrae la atención sobre el derrotero de la investigación.

Otros autores que se especializaron en tópicos coloniales publicaron también libros en editoriales extranjeras, por ejemplo José Antonio del Busto, cuyo libro *Francisco Pizarro. El Marqués Gobernador*, fue impreso en Madrid en 1966, aunque hasta entonces habían aparecido múltiples artículos en revistas.

Especializado en el proceso de la conquista española, Del Busto integra, junto con Juan José Vega, Edmundo Guillén y Waldemar Espinoza, un grupo de autores cuya mayor especialización gira en torno a los primeros años de la presencia española en el área andina; aunque sus trabajos denotan diversos puntos de vista, hay entre ellos una cierta unidad temática.

En los años 20, Pedro M. Oliveira destacó los mecanismos comerciales de la colonia (*La política económica de la metrópoli*, Bogotá 1921); bajo un cierto influjo de la leyenda negra al uso indiscriminado de entonces, su estudio demostró un interés precursor en la economía colonial que no fue continuado inmediatamente por otros, y que había estado vigente en Mariátegui y en la generación de *Amauta*, pero que no logró influir decisivamente la historiografía colonial hasta varios lustros más tarde; Pablo Macera ha descrito esta situación y el juego de influencias en una reseña del desarrollo de la historia económica del Perú, reimpreso recientemente en sus *Trabajos de Historia* (vol. I).

Años después de Oliveira, tocaría el tema Emilio Romero, autor de una *Historia económica y financiera del*

Perú (Lima 1937; 1a. ed.), tarea continuada y ampliada posteriormente en su *Historia económica del Perú* (Buenos Aires 1949). Desde 1937, D. Manuel Moreyra y Paz Soldán se ha ocupado de la moneda y de su historia en la colonia peruana, del tráfico marítimo, del Tribunal del Consultado, del virrey conde de la Monclova y las aplicaciones económicas de la política iniciada por el antecesor el duque de la Palata, y de otros temas más; la *Revista Histórica*, que dirigiera, incluyó muchos de sus artículos y notas que abrieron rutas y plantearon problemas, estimulando nuevas investigaciones como las de Javier Tord (una bibliografía reciente de Moreyra puede verse en Carlos Moreyra, *Los Paz Soldán*, Lima 1976). En los últimos años se ha desarrollado el estudio de temas económicos en la historia colonial; en la década de los 60, Pablo Macera inició sus trabajos sobre las haciendas jesuitas, derivando posteriormente a la problemática de la hacienda colonial y a la identificación de los criterios de producción; también Javier Tord, profesor en la Universidad Católica, ha iniciado la difusión de sus investigaciones sobre la información contable de las Cajas Reales, en busca de la estructura del ámbito fiscal colonial (Tord dirige la Biblioteca Peruana de Historia Economía y Sociedad que viene publicando textos importantes

mimeografiados, en tiraje reproducidos, por ejemplo, del mismo Tord, *Repartimientos de corregidores y comercio colonial en el Perú,* de Carlos Lazo García y J. Tord, *Del negro señorial al negro bandolero*). La hacienda sigue siendo tema de interés para los investigadores (Burga, por ejemplo), pero ocurre fácilmente que hay ámbitos intocados, particularmente amplios; toda la historia colonial, incluso aquella especializada en lo económico ha dejado prácticamente de lado al medio rural y a su población, salvo cuando ésta ha sido considerada simplemente como productora de mano de obra para el medio dominante, colonial o republicano. No se ha tocado, salvo el caso aislado todavía de los movimientos mesiánicos (Stéfano Varese sobre la rebelión de Juan Santos Atahualpa, por ejemplo) la estructura rural en un criterio de larga duración, analizando sus continuidades. Aún los estudios de los tiempos finales del periodo colonial, tan frecuentemente identificados con tiempos precursores de la independencia, como los cien años de revueltas andinas que cubren desde el primer tercio del siglo XVIII a los tres primeros lustros del XIX, han sido objeto de estudios que incidieron en sus aspectos políticos y militares (Carlos Daniel Valcárcel sobre Túpac Amaru, por ejemplo), pero solamente un estudio (el de

Varese) se dedicó a estudiar desde dentro el movimiento rural del XVIII. La revolución de Pumacahua en el Cuzco (1814), estudiada por Horacio Villanueva Urteaga y Manuel Jesús Aparicio, así como otras rebeliones previas a la declaración de la independencia, tienen estudios que sólo consideran los aspectos políticos e ideológicos de las mismas, requieren un análisis del comportamiento de la población andina en ellas, no solo de la afirmación o negación de su presencia.

D. Historia de la independencia

Los estudios sobre la época de las guerras de la independencia han gozado en ciertos momentos de una predilección particular; durante el siglo pasado, y al margen de la frondosa publicación de biografías encomiásticas y ensayos, donde los escritos de Manuel de Mendiburu destacaron sobre los demás, la obra de Mariano Felipe Paz Soldán *Historia del Perú Independiente* (1874-1929) cubre las guerras de la independencia desde 1819 y llega hasta 1827, cuando las tropas de Bolívar abandonan el país (aunque continúa después por los primeros tiempos republicanos, hasta 1839). Paz Soldán reunió el más completo surtido de documentos empleados

en el momento, y su libro ha sido considerado como la más importante publicación del siglo XIX peruano. Propuso estudiar la independencia como un fenómeno urbano y criollo, aunque sin excluir la presencia de la población rural; en líneas generales no incluyó en el proceso emancipador a las campañas originadas por los movimientos andinos del siglo XVIII, que integraron después, a juicio de numerosos historiadores, la saga de la independencia, relacionándose los movimientos andinos con el conjunto de actividades «precursoras» de la independencia. De la misma forma que en los estudios sobre la colonia, predominó en la historiografía sobre la independencia una visión urbana y criolla, acorde con los criterios que manejaron la iniciación de la república, donde al fin y al cabo se proyectó un estado netamente ciudadano y donde la participación rural en la vida del país fue generalmente pasiva, a ojos de un estado que se concentraba en los ámbitos costeros y sus ciudades y donde parecería que las relaciones con la población andina fuesen menos estrechas que durante la colonia, organizándose la economía estatal sobre bases urbanas y costeñas, ratificadas cuando en la década de 1840 la explotación guanera financió el desarrollo estatal y el crecimiento urbano. Tal vez sólo en el período de la

Confederación Perú-boliviana (1834-39), la proyección de la vida pública alcanzó las tierras altas de los Andes.

No extrañe entonces que dentro de esta perspectiva, las líneas generales de la historiografía del siglo XIX, y también la del XX, privilegiaran la integración nacional; solo en los últimos años, ocasionalmente, autores como Horacio Villanueva Urteaga iniciaron la revaluación de la participación de la gente andina en la guerra de la independencia (*Contribución peruana a nuestra independencia* [Cuzco 1956] y *Documentos referentes a la campaña de la independencia* [Cuzco 1958]). También durante el siglo XIX, Sebastián Lorente, al que vimos escribiendo una historia del gobierno colonial, incorporó la guerra de la independencia en sus estudios y, comenzado el siglo XX, Nemesio Vargas publicó su *Historia del Perú Independiente* (9 vols., los 8 primeros publicados en Lima entre 1907-17, el 9o. en 1942) incluyéndola en un ámbito cronológico que se iniciaba con la emancipación y continuaba hasta el periodo de la confederación Perú-boliviana. Avanzado el siglo, los libros de Dávalos y Lissón sobre el primer centenio de vida republicana, incluyeron una imagen del periodo que nos ocupa, y aparecieron síntesis como la de José

M. Valega, cuyos 12 fascículos sobre la independencia (*La gesta emancipadora*, Editorial Miranda, Lima 1940-43, 2a. ed. 1944) presentaron un resumen de la misma, iniciando una difusión de la temática de la independencia, seguida luego por autores como Luis Alayza y Paz Soldán (*La constitución de Cádiz de 1812*; *El egregio limeño Morales y Duárez)*, por Luis Antonio Eguiguren, especialmente en su *Guerra separatista del Perú* (Lima 1942-1952; aunque hubo una edición con este mismo título en Buenos Aires, posteriormente), y muchos más que escribieron en publicaciones periódicas (cfr. Alberto Tauro *Bibliografía peruana de historia*, Lima 1953, y *Guía de estudios históricos*, Lima 1955).

La historia de las campañas militares también fue escrita por Carlos Dellepiane (*Historia militar del Perú*, vol. I), siendo un tema que atrajo la atención durante mucho tiempo, al lado de los aspectos políticos e ideológicos; militar de carrera, Dellepiane hizo un libro técnico, que continuó en la historia de los conflictos del Perú en el siglo XIX, hasta la guerra del salitre, con Chile. Los movimientos guerrilleros en la independencia han sido estudiados por Raúl Rivera Serna y por Gustavo Vergara Arias.

Con relación también a la guerra de la independencia, la tendencia ha privilegiado además al periodo sanmartiniano y las relaciones de continuidad con el ciclo de la independencia argentino-chilena; el mayor estudio sobre Bolívar incidió en su política peruana, el Congreso de Panamá, la Federación de los Andes; sin embargo de ello el análisis más completo de la etapa bolivariana siguen siendo el de Mariano Felipe Paz Soldán (su *Historia del Perú Independiente*) o el del historiador chileno Gonzalo Bulnes, *Bolívar en el Perú* (2a. ed. Madrid 1919).

La historiografía sobre la independencia incluyó asimismo numerosos libros y ensayos diversos sobre los personajes, peruanos o no, que lideraron diversos momentos; como ejemplo puede citarse el libro de José Agustín de la Puente Candamo *San Martín y el Perú: planteamiento doctrinario* (Lima 1948). Años antes, José de la Riva Agüero había publicado algunos estudios sobre la época, entre los que destacaron sus análisis de Baquíjano y Carrillo (1905-8, 1925, 1939, 1971, la última edición en *Obras completa,* vol. VII); Víctor Andrés Belaúnde incluyó también la problemática de la independencia en su libro *Peruanidad* (1953, 1957), que consideró a la época y al proceso de la independencia

como parte fundamental en la maduración de la conciencia nacional. En los años 50 años se elaboró entonces una hipótesis sobre el proceso emancipatorio, que se basaba fundamentalmente en los resultados de la formación de la conciencia nacional y se expresaba también a través del paulatino mestizaje iniciado en la colonia. La influencia de estos criterios ha sido amplia, y se manifiesta aún en autores que posteriormente modificaron sus opiniones al respecto (i. e. Pablo Macera *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional*, Lima 1956) y principalmente se encuentra representada en José Agustín de la Puente Candamo y sus discípulos (cfr. *La idea de la comunidad peruana y el testimonio de los precursores*, Lima 1956). Vinculado en parte a esta línea están las versiones de Carlos Daniel Valcárcel sobre Túpac Amaru, el autor ha estado dedicado largos años a estudiar el tema y ha editado diversos libros sobre él, tipificando recientemente la imagen revolucionaria de Túpac Amaru, y presentándolo como iniciador (precursor) del movimiento que llevó finalmente a la independencia.

No se ha considerado en esta bibliografía los abundantes títulos (libros y artículos en revistas) dedicados

a la hagiografía de la independencia; en cambio, hay que destacar especialmente el esfuerzo editorial que significa el centenar de volúmenes de la *Colección Documental de la Independencia del Perú*, comenzada a editar en 1971, que recoge materiales políticos y militares, testimonios de variado tipo (memorias, periódicos, relatos de viajeros, etc.), documentación sobre sublevaciones urbanas y rurales, aunque incluyendo para el caso del siglo XVIII casi únicamente al movimiento cuzqueño liderado por Túpac Amaru; añade también documentación económica y eclesiástica, aunque en menor proporción.

Ciertamente aunque la época de la independencia ocupó también el interés de muchos especialistas, no ha logrado sin embargo una precisión temática más amplia. Los estudios aparecidos en torno al sesquicientenario de la proclamación de la independencia (1971) [Bonilla y Spalding, López Soria] aportaron realmente criterios, resumieron críticas a modelos historiográficos o incluyeron perspectivas nuevas al menos en el Perú, para estudiar el fenómeno de la independencia; pero en cambio las nuevas tendencias no proporcionan una alternativa global (ni tampoco muchas veces parcial) a las anteriores propuestas, habiéndose abandonado la

polémica iniciada en 1971, suponiéndola superada. Es posible que el problema sea en realidad más amplio que la sola discusión sobre si hubo o no participación popular en la independencia, sobre si el momento de la misma es o no es culminante en la formación de una conciencia nacional. A pesar del último punto, estos debates casi no consideraron el estudio de la población andina, y asumieron —es decir, no consideraron de nuevo el problema— que la colonia integró la población hispana, criolla, mestiza y andina, en una totalidad que no obviaba las diferencias de clase, pero que no se resolvía fácilmente en ellas. Cuando se habla de participación popular, se entiende, prácticamente en todos los ámbitos del debate, una noción casi urbana de lo «popular», al mismo tiempo que suele establecerse una categoría unánime «campesina», que vincula en el papel a los hombres del campo, europeos, criollos, mestizos o andinos.

E. Historia de la república

La historiografía sobre la república es, ciertamente, muy variada; sin embargo, no puede decirse que sea especialmente desarrollada en comparación con los estudios existentes sobre la colonia o la época de las guerras de la independencia; desde los trabajos sobre ellas

suelen cubrir buena parte de las revistas especializadas; la mayoría de los escritos consisten en alegatos por una causa u otra, también defensas o ataques personales (o institucionales) sin mayores garantías. Cierto que la documentación sobre la colonia o sobre la época inicial de la república suele estar mejor conservada que la más tardía (al menos más al alcance del investigador), pues esta última siempre hace temer y origina legislaciones que restringen su empleo y publicación. La catalogación de los archivos de las dependencias públicas deja que desear, y no siempre llega a producirse oportunamente su traslado al Archivo General de la Nación, institución que reemplazó en los últimos años al Archivo Nacional. Hay que notar, sin embargo, los esfuerzos de este Archivo General y los de la Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional por acopiar información republicana; lo mismo puede decirse de los archivos del Centro de Estudios Histórico-Militares, del Museo Naval, del Museo Nacional de Historia, de los archivos universitarios (especialmente el de San Marcos de Lima y el de la Universidad Católica, que perteneció anteriormente en su parte fundamental al historiador José de la Riva Agüero).

Los dos volúmenes de la *Introducción a las Bases Documentales para la Historia de la República del Perú* (1971), de Jorge Basadre, proporcionan la mejor información actual para los estudios históricos posteriores a la declaración de la Independencia en 1821; los comentarios que Basadre hace a los libros y folletos allí incluidos, así como las introducciones a cada uno de los agrupamientos temáticos en que está dividido el libro, son vías de ingreso e información de primera magnitud, que permiten llegar a buenas conclusiones sobre el estado de las investigaciones, las condiciones de la documentación y lo que ella puede proporcionar.

El mismo Mariano Felipe Paz Soldán que se ocupara de la independencia en el siglo XIX, continuó sus estudios sobre la época inicial de la república, pero, en términos generales, los primeros años de la misma no vieron surgir un marcado interés por la historia (al margen del ataque o la diatriba). Tal vez las primeras aproximaciones fueron testimonios de época como el de como el de José M. Córdova y Urrutia, quien publicara en 1844 una obra titulada *Las tres épocas del Perú y compendio de su historia*, que transitó desde los incas hasta los primeros años de la república, e incluyó algunos documentos;

más adelante, en 1856, el inglés Clements R. Markham publicó *Cuzco and Lima*, que consideró una reseña de la historia peruana hasta ese momento. En el mismo año asistimos a la edición de textos escolares autorizados por el estado (Manuel Bilbao).

También en el siglo XIX destacaron estudios sobre temas particulares, como los *Anales de la Inquisición de Lim*a, de Ricardo Palma (1863); en 1877 Palma publicó otro estudio histórico sobre Monteagudo y Sánchez Carrión, que fue duramente criticado por los estudiosos bolivarianos; otro ejemplo podría ser la *Historia de los partidos*, de Santiago Távara (Lima 1868, reeditada en 1951 por Jorge Basadre y Félix Denegri Luna), que analiza detenidamente las controversias entre liberales y conservadores y critica la actitud de la descendencia de la nobleza limeña en la constitución de la república; Távara se opuso sistemáticamente a todo intento autoritario y mantuvo en alto la bandera liberal. También en los comienzos de la segunda mitad del siglo pasado, Carlos Lissón continuaba una línea liberal que podría resultar precursora de la que defendería después González Prada (vid.: *La república del Perú y la cuestión españo*la, 1864-65, y *Breves Apuntes sobre sociología del Perú en 1866,*

por…, Dr. y Profesor en la Universidad Mayor de San Marcos, Lima 1887; 110 p.).

Hasta la guerra con Chile (1879-1883) la única historia general aparte de la *Historia del Perú Independiente* de Paz Soldán, fue la de Sebastián Lorente (*Historia del Perú desde la proclamación de la independencia,* vol. I, 1821-1827, Lima 1876) que se refirió casi únicamente a la independencia misma, aunque el mismo Lorente escribió un compendio (1866) que abarcaba la mitad del siglo pasado. La obra de Paz Soldán fue impresa en El Havre, aunque datada también en Lima (el vol. I, editado en 1868, abarcó de 1819 a 1822, el II, editado en 1870, de 1822 a 1827; los vols. III y IV fueron publicados después del nuevo siglo, y abarcaron desde 1827 hasta 1833 y de 1835 a 1839, respectivamente); terminó Paz Soldán con la historia de la Confederación Perú-boliviana, como la mayoría de los estudios hasta entrado el siglo XX, aunque los apuntes que conformaron los dos últimos volúmenes fueron mucho menos detallados que los dos iniciales; cada uno de los volúmenes de esta obra vino acompañado de un catálogo de un catálogo de fuentes manuscritas e impresas, e incluso reprodujo importantes documentos.

La guerra con Chile (1879-1883) desató la publicación de textos muy diversos, especialmente memorias diversas publicadas años después, pero sobre todo interesa destacar los escritos de los testigos vinculados a la explotación del salitre (Guillermo Billinghurst, por ejemplo), de los diplomáticos y negociadores (Pedro Yrigoyen, Mariano Felipe Paz Soldán, José Antonio de Lavalle), no todos los cuales han sido editados al presente, de los políticos (Francisco García Calderón) de testigos partidarios de la causa peruana (Tomasso Caivano), etc. Algunos de estos libros, como la importante *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, de Mariano Felipe Paz Soldán (Buenos Aires, 1884) no fueron editados en el país. No hay que obviar tampoco los múltiples escritos de jefes y oficiales del ejército, así como los de los funcionarios públicos de diversa categoría que Basadre menciona en su *Introducción a las bases documentales*, antes citada. Las historias posteriores no dedicaron páginas especiales a este conflicto ni a sus consecuencias, así como no se generó una línea historiográfica especializada en lo que fue la más dura crisis política, social y económica del Perú del siglo XIX, ello ha hecho pensar muchas veces en la generación de una suerte de censura historiográfica, tal vez automática

y relacionada con la frustración nacional que continuó la guerra; sin embargo, en el presente siglo, la *Historia de la República* de Basadre, dedicó un amplio espacio al tema (los vols. VII,VIII, y IX de la 6a. edición —1968-1969— se ocupan de los antecedentes, del conflicto mismo y de las consecuencias inmediatas) y se han publicado algunas fuentes documentales; otros autores (Carlos Dellepiane, Rubén Vargas Ugarte) han dedicado partes de sus estudios a los desarrollados del conflicto y temas conexos.

La historiografía peruana del siglo XIX tomó asimismo caracteres especiales, en el caso de aquellos autores que incidieron en los temas económicos, como es el caso de Juan Norberto Casanova (*Ensayo sobre la industria algodonera en el Perú*, 1849), los de Juan Copello y Luis Petriconi (*Estudios sobre la independencia económica del Perú*, 1876), o el de Luis Esteves cuyos *Apuntes para la historia económica del Perú* fueron impresos en 1822 (todos ellos reeditados por el Centro Peruano de Historia Económica, dirigido por Pablo Macera).

En el siglo XX, habría que deslindar nuevamente temáticas: las historias generales, ya mencionadas

algunas, continúan ocupándose desde la independencia hasta el final de la confederación Perú-boliviana (1819-1839), Nemesio Vargas cuya *Historia del Perú independiente* (Lima, 1903-1942, en 9 vols.) llegó hasta la batalla de Yungay (enero de 1839) es un buen ejemplo. Años después del inicio de la publicación de Vargas, Pedro Dávalos y Lissón publicó *La primera centuria* (4 vols., Lima, 1919-1926) que, aunque estaba basada en fuentes secundarias, abrió la preocupación por los problemas sociales del momento, ocupándose de inventariar los recursos y los límites del desarrollo del Perú de entonces; revisó igualmente los problemas de la historia política y también los del guano y del salitre que llevaron a la guerra con Chile en 1879. En 1931, Dávalos inició la edición de su *Historia Republicana del Perú*, que llegó hasta 1871 (10 vols., Lima, 1931-38 y cuyos dos últimos volúmenes aparecieron bajo el título de *Medio siglo de historia republicana del Perú, 1821-1871*), donde resumió documentos y escritos muy diversos. Por otro lado, encontramos los estudios de Carlos Wiesse, dedicado mayormente a problemas diplomáticos y fronterizos, aunque también fue autor de exitosos textos escolares y desarrolló una larga actividad docente en la Universidad de San Marcos. Germán Leguía y Martínez dejó escrita

una historia del Protectorado del General San Martín (1821-1822), solamente editada en 1971.

Pero donde existe una modificación en la manera de trabajar la historia republicana es sin duda en la obra de Jorge Basadre, cuya *Historia de la República del Perú* es considerada la más amplia y completa de las realizadas; su primera edición (1939) ocupó un volumen y la sexta (1968-1969) dieciséis, complementándose con la *Introducción a las bases documentales* varias veces mencionada aquí; sin embargo, la obra de Basadre sobre la república incidió también en aspectos especiales, por ejemplo los problemas del comienzo de la misma (*La iniciación de la república*, 2 vols., Lima, 1929-1930), especialmente dedicada a las dificultades doctrinarias de los primeros momentos, a problemas relacionados con la vida económica y financiera del país naciente y problemas dedicados finalmente a las ideas, las actitudes y los hombres que convivieron con Basadre en los años de este siglo de la vida peruana, han sido todos ellos temas de larga maduración (ver sus libros sobre la Cámara de Comercio, escrito junto con Rómulo Ferrero, sobre todo aquellos ensayos que aparecen en distintas oportunidades y, especialmente, en *La vida y la historia* y en *Apertura*).

También su libro *Chile, Perú y Bolivia independientes* (Barcelona, 1948) relacionó los procesos republicanos de tres países íntimamente relacionados desde mucho atrás y hasta hoy, iniciando allí un camino desgraciadamente no continuado. Lo importante en la obra de Basadre no es sólo su amplitud, que ha ocupado temas diversos sobre distintos momentos de la historia peruana, sino también la forma como ha otorgado categoría a la historia general en el Perú, basando su *Historia de la República* en el análisis cuidadoso de un amplio material documental e impreso. Ello hace que, a fin de cuentas, la obra de Basadre constituya un basamento para buena parte de la historia peruana *toria* vol. III) [sic].

Al margen de Basadre, son diversas las tendencias que han incorporado nuevas inquietudes al quehacer histórico peruano, relativo a los siglos XIX y XX republicanos. Hace algunos años se abrió un camino camino de interés al considerarse la posibilidad de analizar ciertos temas económicos, antes poco tocados en forma específica, y así en los años 50, primero Ricardo Vega García preparó una *Historia del guano*, que requirió de la documentación administrativa respectiva y que, lamentablemente ha sido editada sólo en mimeógrafo y con una circulación muy

restringida por la Corporación Nacional de Fertilizantes en 1968 y que, junto con el estudio de Pablo Macera: «El guano y la agricultura peruana de exportación (1909-1945)» (Macera, *Trabajos de historia*, vol. IV), constituyen el mejor ejemplo de estudio sobre problemas del guano de islas en el Perú, al margen de los largos avatares que matizaron la política económica anterior del país en el siglo pasado. El mismo Macera ha ingresado en el estudio de la producción del azúcar en tiempos republicanos («Las plantaciones azucareras andinas [1821-1825]», *Ibidem.*) y en el comercio algodonero de la misma época (*Trabajos de historia contemporánea*).

Pero la historia económica del tiempo republicano viene reclamando cada día más energías. Los estudios de Pablo Macera, Manuel Burga, Heraclio Bonilla, Alberto Flores Galindo, Ernesto Yepes del Castillo y muchos otros, inciden en la delimitación de la economía de las haciendas azucareras, la exportación del algodón y el manejo contemporáneo del guano (Macera), en los problemas de la exportación de lana y otras coyunturas comerciales, de la burguesía y del auge guanero en el siglo XIX (Bonilla), en los límites y funciones de un ámbito comercial surperuano aun desde el siglo XVIII (Flores

Galindo), en las haciendas desde tiempos anteriores (Burga), en la búsqueda de duraciones más largas para delimitar de otra manera los problemas y los cambios (Yepes). De manera distinta, Bonilla y Yepes han buscado una explicación general de la época. La temática es amplia y reclama sin duda mucho trabajo.

Si quisiéramos señalar las ausencias, vale precisar que los estudios de historia política deberían profundizar en la ideología de los partidos y en su evolución; no hay hasta ahora un análisis ideológico de los dos grandes rivales políticos de la primera mitad del siglo xx, el partido civil y el aprismo, y de éste con los herederos del primero; la temática hacendaria está apenas esbozada, nada se ha hecho en torno a los cambios de las mentalidades aún. La historia rural no rebasa la descripción etnográfica o los aspectos urbanizados de la hacienda o de la mina y los movimientos campesinos que reclaman atenciones en los últimos años apenas han sido revisados e identificados como tales, sin mayores precisiones. El ámbito de trabajo queda sin duda abierto, también en torno a los problemas urbanos, careciéndose por ejemplo de una historia demográfica, salvo ensayos parciales. Ello ha llevado muchas veces a profesionales en otras disciplinas

cercanas a la historia a intentar reemplazar lo que debe ser quehacer de los historiadores, originándose algunas discusiones saludables que, a fin de cuentas, permiten abrir caminos en torno a los problemas planteados por una historia contemporánea, en un país como el Perú donde al iniciar cualquier trabajo en estos campos se tiene la emoción de roturar tierras vírgenes, diría alguna vez Basadre.

CAPÍTULO III

EDUCACIÓN

La educación en el Perú ha transitado por diversos avatares desde que en el siglo XVI el régimen colonial inauguró el sistema de instrucción oficial al abrir los centros docentes parroquiales y los «colegios de caciques» y fundar luego la Universidad de San Marcos de Lima. No es ciertamente el momento de hacer un recuento detenido del sistema educacional de entonces, como no lo es el revisar las formas existentes antes de la invasión europea en los Andes Centrales. Con todo, será necesario decir que, terminado el virreinato español, se insistió en programar diversas fórmulas educativas, ya fueran liberales o conservadoras, desde los primeros momentos de la república inicial. Es difícil decir que si lo que faltó fue coherencia, interés, decisión o recursos, pero lo cierto es que el sistema educativo siguió siendo predominantemente urbano y empírico, a más de minoritario, salvo aquellos intentos en que se logró un cierto programa de acción. En 1822, bajo el gobierno del General José de San Martín se creó la primera escuela

normal, sustentada en las experiencias lancasterianas; pocos años después, un decreto de Simón Bolívar quiso extender el sistema y ordenó la apertura de una escuela similar en cada departamento del país. Las vicisitudes de la larga anarquía republicana hicieron intervenir y prohibir directamente y en forma específica la participación de los funcionarios del estado en la instrucción; por 1836 comenzaron a darse reglamentaciones generales de enseñanza y luego leyes de educación, en una larga secuencia que buscaba lograr la educación de la gente a la ley, y no al revés.

Ya en el siglo xx la educación primaria comenzó a ser obligatoria desde sus niveles iniciales (1901), aunque ésto sólo se cumplió en algunos medios urbanos y constituyó una disposición que los sucesivos gobiernos ampliaron progresivamente, desde que se hizo presente en la clase dirigente (universitaria) la influencia del positivismo, una de cuyas constantes fue la convicción de que en el desarrollo de la educación estaba la clave de la transformación nacional. Cierto que desde los años 60 a 70 del siglo pasado, especialmente durante el gobierno de D. Manuel Pardo, se habían dado impulsos decisivos a la actividad y a la legislación docente, pero fue en

los comienzos del siglo veinte cuando el positivismo primaba en San Marcos, el momento en que comenzaron a circular documentos, oficiales y privados, en los cuales se insistía en esta tesis: Joaquín Capelo, por ejemplo, autor de *El problema nacional de la educación* (Lima 1902, además de una importante *Sociología de Lima*) y, sobre todo, Javier Prado, cuyo discurso al tomar posesión del rectorado sanmarquino hizo época (*El problema de la enseñanza*, Lima 1915); la constante preocupación de este autor por el problema educativo se apreció en diversos documentos académicos y en informes presentados a la administración estatal.

La Universidad mantenía entonces una postura crítica frente al sistema educativo, proponiendo alternativas aún para la enseñanza superior; en 1900, Manuel Vicente Villarán pronunció un sonado discurso sobre «Las profesiones liberales en el Perú», donde criticaba la poca atención otorgada a las especializaciones científicas y técnicas en todo nivel de enseñanza, pero especialmente en la profesionalización universitaria; en otro escrito (*El factor económico en la educación nacional)*, el mismo Villarán planteó la necesidad de fomentar la educación masiva, añadiendo naturalmente

la inversión imprescindible en el desarrollo tecnológico. Años después, Alejandro Déustua volvería a tocar problemas educativos desde la Universidad, destacando la necesidad de lograr un desarrollo cultural integrador, a través de la educación, ya que el progreso se lograría una vez más gracias a la cultura. Pero el diagnóstico que hizo Déustua fue tal vez demasiado pesimista, toda vez que consideraba que la población andina (¿añadiría el proletariado urbano?) no tenía capacidad para desarrollar por sí sola, a pesar del esfuerzo educativo. Buscó formar una nueva clase dirigente capaz de remover un pasado y un presente estancados. En los años 20 a 30 se profundizó así la discusión; al final de la década, José Carlos Mariátegui discutía las propuestas de Villarán y Déustua, en el sentido de hacer ingresar un distinto nivel de problemas: se trataba ya no únicamente de organizar, mejorar o modernizar la enseñanza (Mariátegui parece considerar que los demás sólo quieren mejoras técnicas en el campo educativo; acusa de ello a Villarán, quien según él, sólo quería cambiar las técnicas de influencia francesa por otras de influencia norteamericana) sino de considerar que, cualquiera que fuese la política educativa, ésta no podía dejar fuera de acción al poblador andino, quechua hablante o aymara-hablante (*Siete ensayos de*

la interpretación de la realidad peruana, Lima 1928). Mariátegui tocó de esta manera un problema medular, no sólo del campo educacional, sino de la vida nacional en general: la situación del poblador andino era entonces, y es en mucho todavía, problemática en el campo educativo, en el laboral y, en términos generales, en cualquier forma de participación en una comunidad nacional hecha a la medida de la civilización urbana del Perú.

Fueron años difíciles aquellos, en los cuales el país se decidía por una urbanización cada vez más masiva (en un proceso que se hará agobiante después de 1950) y por la agresión permanente de los patrones de vida andinos. Es visible que de los años 30 hasta el presente, la educación se ha masificado notoriamente, ingresando a ella volúmenes apreciables de la población; pero también es visible —y no sólo en el Perú, por supuesto— que hay otro tipo de problema muy serio en la presencia de diversos niveles de conciencia étnica y la diferente integración de las «minorías» (a veces son «mayorías») étnicas al proceso de formación nacional. Así, la educación fue diseñada urbanamente y para una población creciente; ¿cómo dudarlo, si el mismo estado que señala como ejemplo al hombre instruido en la escuela, demuestra

en la práctica que la misma escuela no está lista para adecuarse al medio humano no citadino?, no extrañe que hubiera conflicto, entre la escuela urbana y la enseñanza del hombre andino o selvático por razón de la escuela y de la enseñanza y que aún no ha concluido. Si bien la extensión de los servicios educativos ha sido grande, aún existe una fuerte población escolar, sobre todo explicable si se tiene en cuenta que la expansión de la enseñanza gratuita a la educación escolar total, y la masificación de las universidades sigue siendo un fenómeno reciente.

Las políticas educacionales insistieron primero en la inversión física, incrementada a partir del medio siglo, dedicándose desde entonces muchos esfuerzos a la construcción de locales y a la infraestructura física; no puede decirse que se haya desarrollado, en cambio, siquiera en igual modo, la formación de maestros y personal docente auxiliar, llegando en cambio a ingresar en el terreno escolar el deterioro académico que se hizo presente también en las escuelas normales (aún en la Escuela Normal Superior convertida en Universidad), y similar al sufrido por la institución universitaria en general.

Si bien es cierto que buena parte de los programas de reforma educativa de nuestra vida republicana partieron de las universidades, y que en los años 20 a 30, un activo movimiento de reforma universitaria modernizó la Universidad de Lima (San Marcos), no siempre se puede decir que la enseñanza pre-universitaria se beneficiara realmente de las reformas iniciadas en la Universidad, cuyo aliento daba generalmente para un movimiento de corta duración y limitado a ello.

El *Plan de Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada*, que tomó el poder en 1968, mencionó una serie de situaciones que pueden sintetizarse en la vigencia de un sistema educativo «orientado intencionalmente para mantener en la ignorancia a las grandes mayorías, con fines de explotación», denunciaba bajo rendimiento del sistema educativo con relación a las altas inversiones efectuadas (en realidad en sólo algo más de 20 años), señalaba que el sistema no consideraba a la población rural, andina o selvática. Se propusieron entonces actividades precisas para superar esa situación que consideraba también la «Situación económica del magisterio en desacuerdo con su elevada misión». En 1970 apareció el *Informe General de la Reforma de la*

Educación Peruana, que consideraba el diagnóstico y la propuesta de reestructuración integral del sistema educativo en tres niveles. Una nueva ley general de educación (1972) dio categoría legal a la reforma y comenzó su aplicación. Es muy pronto para hacer una evolución definitiva de lo experimentado, de lo obtenido y de lo no alcanzado, también de las frustraciones que la mala aplicación burocrática de la ley ocasionara.

La reforma originó entre otros organismos un Instituto de Investigaciones Educativas (INIDE), laboratorios de técnicas, diseñador de textos y programas, editor de revistas y de libros relacionados con temas educacionales (Retablo de Papel Ediciones, y la revista *Educación*). Mucha de la tarea visible de este Instituto (llamado después en homenaje a su principal impulsor «Augusto Salazar Bondy») estuvo relacionada con la asimilación (la transferencia) de tecnología educativa, al margen de la gigantesca asesoría que el magisterio requería para la aplicación de las nuevas normas a la enseñanza misma, los cursos de entrenamiento multiplicados en los últimos años, etc.

CAPÍTULO IV

ECONOMÍA

Ingresar en el mundo económico del Perú del siglo XX es precisar un tipo de problemas estudiables en un proceso diacrónico: la presencia de un sistema colonial entre los siglos XVI y XIX y distintas maneras de adecuación al sistema económico europeo inaugurado por la colonia y modificado dentro del régimen colonial, para ser reemplazado después por la introducción de un mercado internacional. Si se mencionan diversas maneras de adecuación (y también de resistencia) al sistema capitalista, se debe a que la región andina —y naturalmente el Perú— ofrece una situación de desarrollo desigual tanto dentro del sistema colonial como dentro de la república. La economía andina, basada en la reciprocidad y en la redistribución, sufrió un colapso que la "desestructuró" a lo largo del siglo del siglo XVI, a consecuencia de la invasión española. Después se «reestructuró» también en diversas formas y momentos, no bien estudiados históricamente.

La mayoría de los estudios de historia económica colonial se han ocupado de dos problemas: a) describir el funcionamiento económico del régimen colonial y b) considerar aquellos aspectos de la vida andina que han sido incorporados dentro de tal sistema; la historiografía republicana se dedicó prioritariamente al análisis del funcionamiento del régimen de mercado en el país. Inicialmente se estudió así primordialmente la introducción del sistema monetario y comercial, la organización de una producción minera para la fabricación de monedas y barras de plata exportables; se analizaron los grandes núcleos de producción minera y el movimiento de ésta hacia los mercados europeos; por ello se identificó fácilmente la colonia con una economía minera. Años después, en la década de los 60 de este siglo, los estudios de Pablo Macera incidieron en las haciendas, primero en las jesuitas y después en las azucareras en general, coincidiendo con un momento en que la producción agraria despertó el interés de los estudiosos (en el Perú, también en torno a la crisis del latifundio y la legislación de reforma agraria; finalmente, en los últimos años, la creación del Centro de Documentación Agraria, reunió un valiosísimo material documental). Se ha estudiado el comercio y la producción del guano

y del salitre, del azúcar y del algodón y, naturalmente de los modernos minerales de exportación; sin embargo, todo o casi todo el trabajo de los historiadores sobre la economía y también el de los economistas, se ha centrado prioritariamente sobre los aspectos económicos ligados al régimen colonial primero y al capitalismo comercial internacional después; pero es poco lo que sabemos sobre la forma como la mina o la hacienda, el obraje textil o el yanaconaje coloniales, afectaron las formas andinas de producción y hasta dónde las sustituyeron; no se sabe por ejemplo nada sobre cuáles fueron los limites reales del juego de los salarios o de los precios, salvo las denuncias de cómo hasta épocas recientes, minas o haciendas jugaban con «moneda» propia e interna, estableciéndose un falso sistema salarial. En los últimos años, trabajos mayoritariamente hechos por antropólogos (Mayer, Fonseca, Flores Ochoa) han tratado estos problemas; pero en líneas generales, todavía en nuestros días se hacen cuadros y cálculos con cifras generales sobre la población urbana y occidentalizada, sea en parte, pero sigue incorporando en ellos a la población que interviene de manera «desigual» en la economía urbana y occidental del Perú. Si los estudios y los proyectos se hacen de

esta manera, no extrañe que sus resultados puedan ser también parciales.

Esta nota introductoria quiere tocar por ello ambos temas: las líneas generales de la economía urbana y oficial y también el campo de la economía tradicional, menos estudiada.

Pablo Macera ha hecho un recuento interesante de los estudios de historia económica en el Perú; a pesar de lo sumario del mismo (reimpreso en *Trabajos de Historia*, cfr. vol. I), se puede tener una breve imagen del tema, precisando allí cómo se ha desarrollado una historiografía y una preocupación económica en el país. Sin embargo, será necesario recordar aquí que al iniciarse la república, la vida económica del estado peruano no gozó de los beneficios tributarios (pues se abolió el tributo el tributo, aunque después debió reponerlo) ni tampoco de exportación minera, pues la guerra de la independencia destruyó la minería de Cerro de Pasco cuyo florecimiento era entonces reciente (1820); durante los dos y hasta los tres primeros decenios de la república iniciada en 1821, la economía estatal se nutrió casi únicamente de los impuestos de aduana, en

crecimiento al liberalizarse el régimen comercial. En la década de los años 40 del siglo pasado, se descubrió la importancia del guano como fertilizante de exportación; compañías privadas lograron entonces «consignaciones» estatales que les daban derecho a exportarlo a Europa, pagando regalías al estado peruano. Si bien este inesperado ingreso fortificó las finanzas nacionales y permitió la consolidación del estado, ejemplarizada normalmente en la época de los gobiernos del mariscal Ramón Castilla, pronto fueron sobregirados sus frutos y los consignatarios adelantaron fondos a préstamos para distintas falencias presupuestales. En 1869, durante el gobierno del coronel José Balta y siendo Nicolás de Piérola su ministro de Hacienda, se firmó un contrato con Auguste Dreyfus, un comerciante francés que asumió en buena cuenta la deuda estatal y ganó por ello un privilegio discutido hasta el presente: el monopolio del guano en los importantes mercados europeos. La refinanciación que ello significaba no llegó a cancelar la situación deficitaria de un estado cuyo recurso era sólo el aduanero producido por el guano, mas no la renta agraria por ejemplo, en un país que concentraba en la tierra sus mayores actividades económicas. En la década de los años 70 la crisis fiscal creció y el estado ingresó en

una fórmula sucesiva, casi al mismo tiempo que crecía la primera agricultura industrial, intensificándose en la costa norte la producción azucarera.

Pero la sierra era marginal a casi todo el proceso, limitándose las relaciones con la costa exportadora y más occidental, urbanizada y sede del estado, a los grupos reducidos de las pequeñas burguesías urbanas, profesionales o políticos, además ciertamente de los terratenientes. La economía «serrana» fue casi marginal entonces durante el siglo pasado, salvo en aquellos lugares que conectaron rápidamente con los puertos: por ejemplo, parte de la sierra de Arequipa y el altiplano de Puno, relacionados por ferrocarril desde 1870-1874, con Arequipa y Mollendo, para la exportación de lana; por oposición, la sierra del ámbito cuzqueño permaneció aislada, generándose aquí, como en otros lugares de los Andes, circuitos casi cerrados de circulación regional.

En 1879-1884, la guerra con Chile ocasionó el colapso de la economía estatal y de la hacienda azucarera de la costa norte. El efecto no fue igual en la sierra urbanizada y sólo se puede intuir las líneas generales de lo que sucedió con la mayor parte de la población andina, la

cual se benefició quizás —y no por primera vez— con la pérdida de poder del estado costeño.

Terminada la guerra y firmada la refinanciación de la deuda externa conocida como Contrato Grace, se continuó la presión sobre la zona serrana, con la inversión ahora minera, revalorizando paralelamente la tierra en la región. Al mismo tiempo, iniciado el siglo xx, volvió a desarrollarse la agricultura del azúcar en la costa norte, con una mayor afluencia del capital extranjero (después de los años 20 alemán y norteamericano, en reemplazo del anterior inglés) que se hizo predominante entre las dos guerras mundiales, diversificándose las inversiones hacia ámbitos mineros e industriales. Se formó de esta manera una industria exportadora de materias primas semi-elaboradas y una industria urbana importadora de insumos y vinculada al complejo agro-exportador.

En la década de los años 20 a 30, Lima creció fuertemente, en términos demográficos, iniciándose un definido proceso de migración hacia los medios urbanos en general y a Lima en particular y en torno a 1950. El despoblamiento de la sierra fue paralelo al crecimiento del latifundio (en realidad una de sus consecuencias) y a

la disminución de las tierras de las comunidades andinas, iniciado en los años primeros del siglo, pero acrecentados después de 1920. El empobrecimiento rural se aunó a la paulatina crisis que va envolviendo a las ciudades del interior, a la vez que el centralismo económico se hizo cada vez más visible (Lima), anulándose progresivamente los desarrollos locales o regionales.

Después de los once años de gobierno de Augusto B. Leguía (terminados en 1930), los cambios y las crisis parecen acelerarse en la economía, sucediéndose apogeos de exportaciones vinculadas a los momentos de las guerras mundiales o de crecimientos o depresión del mercado internacional: azúcar, algodón, minerales diversos, harina de pescado, que financiaron a la larga una economía fundamentalmente urbana, dentro de un régimen muy lento de redistribución de los ingresos. De esta manera, los momentos de crecimiento económico no llegaron a financiar un auténtico desarrollo de la población y la economía del país parece seguir los rumbos más o menos erráticos de ocasionales exportaciones.

Podríamos incluir una larga referencia a las publicaciones que sirven para estudiar la economía

peruana; vale la pena iniciarla con las continuas ediciones realizadas tanto por el Ministerio de Hacienda y Comercio (hoy Ministerio de Economía y Finanzas y Ministerio de Industria, Comercio, Turismo e Integración), como por el Banco Central de Reserva del Perú; tanto las Memorias (anuales) como los Boletines (mensuales) son de primera importancia. El Banco de Reserva ha editado además otras series informativas y estudios sobre la renta nacional, los problemas monetarios, etc. Últimamente, a través de la División de Estudios Económicos, Departamento de Estudios del Sector Monetario, Sección Instituciones Financieras, ha editado *Cuentas Monetarias 1973-1977* y el Centro de Información y Documentación de la misma División, inició en 1977 la edición de un boletín mensual: *Temas económicos*.

Otros Bancos han incorporado a sus tareas de difusión la impresión de informes diversos (Banco de Crédito del Perú, Banco Continental, etc.) que no se han limitado a imprimir balances o cuentas, sino que ingresaron en ediciones de análisis de la coyuntura económica, propuestas de inversión, etc.

Junto a este tipo de informes, pueden citarse los de otras entidades, como la Comisión Nacional de Valores

y luego la Comisión Nacional Supervisora de Empresas y Valores, que vienen editando informes sobre el mercado financiero, financiamiento de la Banca de Fomento a través de la emisión de valores, etc., a partir de 1972.

Otra institución pública que ha tenido a su cargo la elaboración de múltiples proyectos de índole económico es el Instituto Nacional de Planificación; su papel ha sido muy importante desde su creación en 1962-1963; interesan sobre todo los planes de desarrollo económica, los múltiples estudios sobre las finanzas públicas, muchos de los cuales han sido impresos (cfr. la Bibliografía de Tantaleán y Pérez Rosas).

Valdría la pena señalar, en términos generales los múltiples estudios de Rómulo Ferrero Rebagliati, uno de los más influyentes economistas peruanos, recientemente desaparecido. Desde mediados de los años 30, sus numerosos artículos y libros otorgaron un nivel especial a la literatura económica en el país; sus trabajos, mayoritariamente publicados en revistas, tocaron temas diversos sobre la política económica peruana, en distintos momentos y bajo distintas perspectivas (cfr. una lista en la Bibliografía de Tantaleán y Pérez-Rosas).

Al mencionar la Bibliografía preparada por J. Tantaleán Arbulú y Augusto Pérez-Rosas (*Referencias bibliográficas para el estudio de la economía peruana 1830-1977*, Lima, 1878), debe indicarse lo útil que resulta la numerosa información recopilada, la presencia adicional de directorios de entidades nacionales y extranjeras, productoras de informes de interés económico.

La economía tradicional andina no ha sido aún objeto de un estudio sistemático, salvo las oportunidades en que ha sido descrita más o menos acuciosamente, con referencia a fenómenos considerados aislados (ferias, trueque, etc.), y no como parte integrante de un régimen económico vigente y paralelo en mucho al de mercado. En los últimos diez años se ha hecho hincapié reiteradas veces sobre la vigencia de un régimen basado mucho más en conceptos como «reciprocidad» y «redistribución» (cfr. Karl Polanyi, et. al. *Trade and Markets in the Early Empires*, Free Press, Glencoe, 1957, y John V. Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino,* Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1975). Por ello los estudios de Enrique Mayer sobre campesinos y mercado o de César Fonseca (*Sistemas económicos andinos*, Lima, 1973) revisten la mayor importancia; en la misma línea,

diversos trabajos publicados en revistas (*Cuadernos* del Consejo Nacional de la Universidad Peruana, *Debates* en Antropología, *Historia y Cultura*, *Antropología Andina*, *Discusión Antropológica*, etc.) o en las excelentes recopilaciones preparadas por Jorge Flores Ochoa o por Giorgio Alberti y Enrique Mayer (ambas publicadas por el Instituto de Estudios Peruanos) se unen a los estudios de los mismos Fonseca y Mayer editados en recopilaciones de documentos históricos de alta importancia para el estudio de la sociedad andina de antes y de ahora (Iñigo Ortiz de Zúñiga, *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562,* ed. a cargo de John V. Murra, Universidad Hermilio Valdizán, Huánuco-Lima, 1967-1972).

En principio, las obras que tratan aspectos de la historia de la economía han sido incluidas en los capítulos de esta bibliografía que corresponden a la Historia peruana en diversas épocas, salvo casos específicos y particulares, como los libros de Carlos Camprubí Alcázar o de Emilio Romero, dedicados únicamente a aspectos específicos, mencionados en este capítulo.

CAPÍTULO V

LA SOCIEDAD Y SUS PROBLEMAS

Los problemas sociales del Perú contemporáneo han venido planteándose a la discusión en lo que va del siglo, se atribuye a González Prada el liderazgo ideológico de la primera protesta urbana, de corte anarquista. Después, y al mismo tiempo que una amplia generación intelectual intentaba proveernos de un nosotros colectivo (entre la generación de 1895 y los años inmediatos a 1900: por ejemplo, los hermanos García Calderón —Francisco y Ventura—, José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Luis Alberto Sánchez, Julio C. Tello, José Carlos Mariátegui, Luis E. Valcárcel, Víctor Raúl Haya de la Torre, Raúl Porras, Jorge Basadre…) arribaron algunos a un primer debate donde las posturas políticas en polémica estuvieron representadas por José Carlos Mariátegui y por Víctor Raúl Haya de la Torre y que terminó en una ruptura ideológica y política en 1928. De otro lado, Mariátegui y Víctor Andrés Belaúnde polemizaron sobre la naturaleza de la formación nacional, la aceptación o el rechazo de la herencia colonial, la

incorporación de la problemática andina a la vida nacional —predominantemente urbana y costeña— la educación y otros problemas. Mariátegui inauguraba entonces una fundamentación marxista original (que recientemente ha llevado la discusión en torno a su conflicto con la III Internacional) y disputaba en este terreno con Haya de la Torre; Belaúnde ofrecía una respuesta liberal con tendencias corporativas. Al lado se formaba el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), que en los finales de los años 20 y los comienzos de los años 30 lideraba movimientos sindicales, predicaba el antimperialismo y organizaba la oposición popular a los rezagos del civilismo modificado en el gobierno de D. Augusto B. Leguía, así como al movimiento militar que lo derrocó (Luis M. Sánchez Cerro). Fue en un contexto de precaria estabilidad institucional en el que se sostuvieron algunas de las más importantes tesis, primero en torno al indigenismo y después a la diagnosis de la realidad nacional.

Durante mucho tiempo se identificó oligarquía con Partido Civil y con dueños de haciendas, predominantemente las azucareras. Después se vio que este panorama se ampliaba y el latifundio pasó a

formar parte de la oligarquía (también en la sierra) al mismo tiempo que ésta diversificaba de alguna manera su actividad económica. Los frustrados intentos de industrialización fueron resultado de ello. De esta manera, el problema agrario fue dibujándose como el eje de los problemas económicos y sociales del país. Entre 1920 y 1940, aproximadamente, se produjeron las últimas definiciones del mapa hacendario y las comunidades andinas sufrieron sus últimas expoliaciones a gran escala. Paralelamente se inició el crecimiento vertiginoso que llevó el porcentaje de la población urbana del 10 al 50 por ciento en menos de 50 años, iniciándose así el ciclo de pauperización urbana que aún continúa.

Es difícil distinguir paralelamente el contexto político. Se ha llamado la atención sobre la inestabilidad de los regímenes civiles en algunos casos y sobre la constante presión que el ejército realizaba en la vida política, ya fuera por propia convicción algunas veces o por delegación de la oligarquía en otras. Lo que sí resulta evidente es la precariedad del sistema, altamente dependiente y rápidamente autoritario. La democracia parecía resultar (aún hoy) un lujo caro y una peligrosa liberación de fuerzas opuestas.

Los estudios sobre esta realidad social y política no son muchos, pues el contexto favorecía la praxis opositora antes que el análisis. La primera organización duradera con arraigo popular fue el APRA y sus diagnósticos, muchas veces pragmáticos, compitieron con los de Mariátegui o los de Belaúnde; quizás estos tres fueron los más completos que intentaron abarcar la complejidad de la vida peruana. Al margen y al lado había surgido el indigenismo en el Cuzco y en Lima (aunque con precedentes que se iniciaron en el siglo anterior). Mariátegui y Luis Alberto Sánchez polemizaron sobre él; después de ello el movimiento se refugió en círculos académicos. Al lado de ellos hubo análisis que han sido considerados en otros capítulos de esta bibliografía (Villarán, Déustua, y Encinas en lo educativo; los escritores y novelistas como Ciro Alegría y José María Arguedas, etc.). Las universidades proveyeron estímulo y entusiasmo, pero al margen de la reforma universitaria (a partir de 1919) no produjeron una influencia apreciable en delinear diagnósticos (Jorge Basadre, Luis Alberto Sánchez, Manuel Abastos y otros de los que participaron en la reforma universitaria, dejaron testimonios que se aproximan a un enjuiciamiento). El conservadurismo encontró un dirigente en Riva Agüero a comienzos de

los años 30, cargo que ocupó hasta su muerte en 1944; parte del testimonio de sus criterios y de su actividad se encuentra en uno de los volúmenes de sus *Obras Completas*.

Solo después, a partir de los años 50, la universidad pudo generar una alternativa analítica de la realidad peruana; se gestó en San Marcos con el desarrollo de la antropología (en los años 40 se habían formado los Instituto de Etnología en la Universidad de San Marcos y el Museo Nacional) y luego de la sociología. A mediados de los 50, los hombres que habían tomado contacto con las nacientes ciencias sociales fundaron el Social Progresismo (Jorge Bravo Bresani, José Matos Mar, Sebastián Salazar Bondy, Augusto Salazar Bondy, Alberto Ruiz Eldredge, Francisco Moncloa y otros más, por cierto), al mismo tiempo que otros grupos intelectuales y profesionales inauguraban la Democracia Cristiana; años después, algunos de ellos dirigidos por Matos, fundaron el Instituto de Estudios Peruanos bajo el patrocinio de Luis E. Valcárcel; el Instituto escogió como tarea el diagnóstico de la realidad nacional. Su aporte editorial es visible: la más completa biblioteca sobre el tema publicada en el país, iniciada sintomáticamente

con un libro titulado *Perú problema*, que dio origen a una serie notable que hoy tiene 17 volúmenes; su influjo fue también considerable. Disuelto prácticamente el Social Progresismo, algunos de sus hombres prestaron su concurso al gobierno de la Fuerza Armada iniciado en 1968. Los mecanismos de diagnósticos han cambiado a estas alturas, el panorama de partidos y de programas políticos se ha ampliado, aunque los proyectos no son de igual calidad en el diagnóstico o en las alternativas viables.

Es posible que aquí pueda organizarse una selección bibliográfica mucho más amplia, que incluya los proyectos y los debates políticos. He preferido dejarla en líneas generales, lo más cerca posible al diagnóstico. Al igual que para los temas económicos, hay para éstos bibliografías que aparecen en el capítulo correspondiente o, en el caso de un libro específico que la incluya, se precisa en su correspondiente comentario. Algunas revistas (*Apuntes*, por ejemplo) han elaborado bibliografías específicas en torno al gobierno iniciado desde 1968. La temática de los estudios quedó concentrada en los problemas generales, demografía, indigenismo y campesinado, reforma agraria y política. La selección busca escoger los títulos

que más fácilmente pueden llevar al lector a nuevos y más precisos materiales.

A. Población y problemas urbanos

No es solamente visible el incremento del número de habitantes de los últimos años lo que ha llamado la atención a los estudios de la población en el Perú, sino también los movimientos en la composición de la población, tanto en términos de asentamiento urbano como de la población económicamente activa, la necesidad de organizar la actividad estatal para lograr una política de población que se relacione con la educación, la planificación económica, la salud pública, etc. No se trata (no se debe tratar) solamente de una exclusiva preocupación por el control de la natalidad.

Los datos publicados sobre población ocupada (para y hasta 1972, por ejemplo) dan totales de algo más de tres millones (3 103 524), de los cuales hasta el 42% está dedicado a faenas agrícolas y afines, y que en total cubre aproximadamente el 25% de la población del país. Sobre estos datos podría pensarse en una gran incidencia de la agricultura en la vida económica, pero en realidad puede afirmarse que entre 1960 y 1972 la incidencia

de la agricultura disminuyó de más del 24 % a más del 15%, en un contexto donde la población se ha duplicado prácticamente en un cuarto de siglo. Un buen resumen del movimiento de la población y de la actividad censal, que incluye información sobre epidemias y desarrollo urbano, puede hallarse en Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú* (6a. ed., Lima, 1968, vol. XVI).

La Oficina Nacional de Estadística y Censos ha incluido trabajos sobre demografía contemporánea en su política editorial, que destaca por la publicación del *Boletín de Análisis Demográfico* (revista que desde 1976 comenzó a incluir perspectivas multidisciplinarias); también el Centro de Estudios de Población y Desarrollo viene publicando series importantes como el *Boletín Informativo* (desde 1964). Todo ello lleva a suponer que —al menos antes del desarrollo de los estudios demográficos en medios universitarios (por ejemplo en la Universidad Católica del Perú)— la mayoría de los informes de esta índole fueron presididos por intereses estatales, y las fuentes principales de información han sido producidas por organismos del estado, lo que explica en parte la tendencia estadística de las publicaciones más conocidas, aunque es cierto que en los últimos años se ha

insistido en un enfoque multidisciplinario (cfr. Oficina Nacional de Estadística y Censo, *La población en el Perú*, Lima 1974).

Una mirada a los estudios de demografía histórica, para el caso peruano, registra un ámbito no transitado en exceso, como puede comprobarse si se recuerdan los estudios pioneros sobre epidemias, por ejemplo, que se realizaron solitariamente a comienzos del siglo (José Toribio Polo «Apuntes históricos sobre las epidemias en el Perú», *Revista Histórica*, VI, Lima 1913), y que fueron continuados muchos años después cuando artículos diversos comenzaron a analizar la temática de la población, luego que Ángel Rosenblat publicara su libro *La población indígena y el mestizaje en América* (Nova, Buenos Aires, 1954, 2 vols.). Con el tiempo, la difusión que alcanzaron los resultados de estudios de la escuela de Berkeley (cfr. Woodrow Borah y Sherburne F. Cook *The Indian Population of Central Mexico,* Berkeley y Los Ángeles 1960, recientemente traducido al castellano por Siglo XXI, México) hubo margen a polémica y esta se realizó en torno a los Congresos de Americanistas de 1968-70; las técnicas de trabajo de la escuela de Berkeley han influido notoriamente en los criterios para estudiar

el comportamiento histórico de la población andina, lo cual puede verse en los resultados iniciales que se aprecian hoy. Entre los trabajos dedicados al comportamiento de la población andina puede verse el de George A. Kubler *The Indian Caste of Peru, 1795-1940. A population study based upon tax records and census reports* (Washington Smithsonian Institution, 1952), Henry F. Dobbyns «An outline of Andean epidemic history to 1720» (*Bulletin of History of the Medicine*, 37, 1963), N. David Cook «La población indígena en el Perú colonial» (*Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, 8, Rosario 1965), N. David Cook «La población de la parroquia de Yanahuara 1738-47. Un modelo para el estudio de las parroquias coloniales peruanas» (en Franklin Pease, ed., *Collaguas I*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1977), N. David Cook «Estimaciones sobre la población del Perú en el momento de la conquista» (*Histórica*, I, 1, Lima, julio de 1977). Para una información más completa, cfr. del mismo Cook *The Indian Population of Peru 1570-1620*, (Tesis doctoral inédita, Universidad de Texas, 1973). Estudios generales, como el de Nicolás Sánchez Albornoz *La población de América Latina desde los tiempos precolombinos hasta el* año *2 000* (Madrid, Alianza Ed., 1973 y 1977) proporcionan un marco muy completo para

el caso peruano, no superado. Otros estudios de Sánchez Albornoz, como su libro *Indios y tributos en el Alto Perú* (Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978) inciden en aspectos importantes de la demografía colonial peruana.

B. Problemas agrarios: hacienda y reforma agraria

Estas líneas no pueden incluir una historia de la hacienda en el Perú, sino solamente algunas perspectivas ligeras e indicaciones para el estudio del tema. Las primeras haciendas de tipo occidental fueron consecuencia de la invasión española y del asentamiento de españoles en el área andina. A lo largo de la colonia hubo sin duda diversas formas de sistemas hacendarios pero se podría dar una línea importante si se recuerda que las iniciales estuvieron centradas alrededor de los núcleos urbanos con mayor concentración de españoles y vecinos con encomiendas —ya quedó claro, parece, que la encomienda no produjo la tenencia de tierra, aunque la permitió y ciertamente que muchos de los encomenderos fueron también hacendados en su momento; pero eso no quiere decir que la hacienda colonial provenga necesariamente de la encomienda—; también se organizaron sistemas de hacienda en las

zonas marginales que, por ejemplo, proveían de coca a los medios urbanos mineros (Potosí); la costa fue un tercer sitio preferido y donde, a la larga, se establecería también una agricultura destinada a la producción industrial, el azúcar, que en el siglo XVIII los jesuitas hicieron un extendido sistema tanto en la región costeña como en la sierra peruana. Pablo Macera ha sido el iniciador de los estudios en esta temática y también su estudio sobre las haciendas azucareras va desde la independencia hasta 1875 (antes había publicado sobre haciendas jesuitas coloniales y una importante información editada por la *Revista del Archivo Nacional del Perú*). Otro estudio que lleva más rápidamente a la hacienda moderna, en la costa, es el libro de Manuel Burga (cfr.) sobre la costa norte.

La reforma agraria fue argumento de la actividad política desde los años 30 de este siglo, mantenido tenazmente a lo largo del proceso de expansión del latifundio y su consolidación (en términos amplios, en la segunda y tercera década del siglo XX). Es difícil hacer solamente un recuento de lo ocurrido en estas décadas sin caer en una pintura de matices que excede a estas páginas. Quiero solamente destacar que durante el

gobierno conservador de Manuel Prado (1956-1962) se formó una comisión para el estudio de la problemática agraria y el inicio de la reforma, cuya línea de trabajo estuvo dedicada a la búsqueda de nuevas tierras y al diseño de una política de colonización hacia la ceja de selva amazónica. Al agudizarse el movimiento campesino en la zona de La Convención (Cuzco), dirigido por Hugo Blanco (toma de tierras y sindicalización campesina), el gobierno militar de 1962-1963 dio una Ley de Bases para la reforma agraria e inició un proceso piloto en el valle de La Convención. Después de ello, las organizaciones campesinas continuaron dirigiendo tomas de tierra en otros lugares en los cuales había grandes latifundios (por ejemplo, Junín, Cerro de Pasco, Ayacucho…) y extrema pobreza rural. Poco después de iniciado el gobierno de Fernando Belaúnde Terry, se dio una nueva Ley de reforma agraria, que fue criticada en tanto no afectó los complejos agro-industriales de la costa norte [1964, aunque la crítica fue más severa con las agrupaciones agrarias (Unión Nacional Odriista, Sociedad Nacional Agraria) y con la mayoría parlamentaria (APRA-UNO)]. Un año después se hicieron presentes diversos movimientos guerrilleros en la sierra (en 1962 había abortado un proyecto de crear una guerrilla con base

inicial en la selva); a partir de allí renació la presión política y campesina en busca de una reforma agraria más radical y rápida. En 1969 se dio la actual Ley de reforma agraria; sobre su contenido, aplicación y límites, así como sobre sus resultados efectivos ha surgido una amplia literatura; si se revisan los artículos y los múltiples documentos de trabajo mimeografiados que no ingresan en esta bibliografía, pero que se encuentran citados en algunos de los libros señalados para el tema, se apreciará una larga discusión tendiente a clarificar la modificación de la estructura de las diferentes clases de cooperativas agrarias, al aumento de la productiva o a su crisis actual y su duración, a la participación de los campesinos o de los organismos estatales en la administración de las cooperativas, así como a la condición de los campesinos. No es mi intención hacer aquí un resumen del debate ni un recuento de los acontecimientos y variantes de la aplicación de la Ley; sólo señalar por dónde anduvo (anda todavía) la discusión.

Cabe indicar también que se creó, como consecuencia de la Ley de 1969, el Centro de Investigación y Capacitación de la Reforma Agraria (CENCIRA), que ha producido numerosos informes y realizado cursos de

capacitación campesina. Si bien no es el único organismo que participó en la reforma, lo que interesa aquí es su producción bibliográfica técnica.

CAPÍTULO VI

CULTURA ANDINA Y CULTURA PERUANA

Cabe preguntarse por la imagen de la cultura peruana, aunque al mismo tiempo será necesario comprobar que, evidentemente, podemos asistir a imágenes notoriamente distintas. Si sólo consideramos la literatura del siglo xx, veremos que ha habido importantes discrepancias. A comienzos de siglo está vigente la propuesta que buscaba (y tal vez nunca logró) una revaluación histórica (desde Francisco García Calderón hasta José de la Riva Agüero), donde quizás la muestra más notable fueron las dos obras iniciales de José de la Riva Agüero (*El carácter de la literatura del Perú independiente*, 1905, y *La historia en el Perú*, 1910). En ambos se buscó el establecimiento (restablecimiento) de la identidad nacional (sé que «nacional» es un término que puede fácilmente convertirse en polémico; no quiero darle aquí mayor —ni menor— alcance que el que se le dio a comienzo de siglo: el que puede abarcar un nosotros colectivo que identifique a los habitantes del país; es un sentido declarativo, entonces, y no sugiere un mayor

análisis de sus componentes que se hizo conocido años después). Más adelante, entre Riva Agüero y Víctor Andrés Belaúnde se delineó una auténtica esperanza retrospectiva: el mestizaje hispano-andino llevaba de la mano desde el siglo XVI la formación de una unidad histórica que cristalizaba en la Independencia del siglo XIX inicial.

De otro lado, casi al mismo tiempo se generó una versión menos hermosa tal vez: la de Manuel González Prada, y hasta José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre (los años 20-30); arranca de la comprobación de la crisis en que dejó al Perú la guerra con Chile, pero al no participar (no sentirse participante en la responsabilidad de) la crisis que originó la derrota y que no concluyó con ella, buscará a la larga lograr una noción de identidad no sólo en el descubrimiento de un Perú rural y de las reivindicaciones sociales, sino en la acre imputación a los gobernantes y políticos que condujeron al país al desastre. Por ello esta segunda versión tendría cierta coherencia entre el pierolismo (el Partido Demócrata, dirigido por Nicolás de Piérola, quien se hizo cargo del gobierno en plena contienda) y la fundación del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana, fundada

por Haya de la Torre) y el Partido Socialista de José Carlos Mariátegui: el ataque inmisericorde al Partido Civil, identificado así con una oligarquía agro-exportadora. En medio de ambas tendencias, aunque sin duda más cercana a la segunda, hubo varios indigenismos que predicaron identidades andinas en tono reivindicatorio. Pero al margen de estos esfuerzos (en total poco y no pocos de ellos pobres) no hubo mucho más. Sólo Jorge Basadre fue capaz de transformar la historia en promesa (*La promesa de la vida peruana*, *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú*), admitiendo al pasado su carácter de participante en la formación histórica —no concluida felizmente— del Perú; más de cincuenta años dedicado a investigar el pasado peruano sin perder de vista el presente son la base de su esperanza (en el sentido de Ernst Bloch) y de su imagen del porvenir. En un interesante y reciente artículo, David Sobrevilla explica el transcurrir y la crisis de la filosofía peruana («1880-1980:100 años de filosofía en el Perú», en Bruno Podestá, ed., *Estado de las ciencias sociales en el Perú*, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, Lima, 1978), casi en un derrotero paralelo a la búsqueda de una identidad, que supone también una definición, una identificación cultural.

Quizás el problema más serio surge en torno a los indigenismos de este siglo, aunque no están exentos de paternalismo en algún caso; y es que en el indigenismo fue quizás la primera vez donde el poblador andino no fue visto como necesariamente pasivo componente de un proceso de aculturación iniciado en el siglo XVI. Pero resultaba necesario olvidar la imagen de que el hombre andino no es sólo el heredero de un pasado histórico sino de una realidad cotidiana: esta constatación se dio primero en la literatura, de la imagen andina modernista (de Ventura García Calderón a Enrique López Albújar) a la creación andina de José María Arguedas, hay un largo trecho en el que la figura mayor es Ciro Alegría. A la vez que la obra de Arguedas daba un carácter definitivamente andino a la creación literaria, el desarrollo de la antropología permitió que el hombre y la cultura tomaran carácter académico; la obra de Valcárcel y del mismo Arguedas en la Universidad de San Marcos inició el replanteamiento de una perspectiva de la cultura peruana. Si las constituciones republicanas eludieron la existencia del hombre andino (sólo existían ciudadanos peruanos, lo andino quedaba así confinado a la ficción y a la historia, rodeado por cierto de un aura romántica), puede decirse hoy que han sucedido en parte

dos fenómenos: los medios urbanos se «andinizan» en la crisis y cada vez es más difícil concebir la formación del Perú sin la presencia andina. Quizás la síntesis y el mestizaje no han pasado, pasarán en una creación por realizar.

A. Antropología, folklore e indigenismo

Inicialmente, fueron, uno a uno, los únicos caminos de aproximación al hombre andino, ya que la historia (los historiadores) lo abandonaron cuando sus estudios se alejaban de las épocas de crisis: la invasión europea, las sublevaciones del siglo XVIII, las rebeliones campesinas de cualquier momento y lugar; el hombre andino pasó a ocupar una cierta existencia convertido en sujeto pasivo de una historia de España en el Perú, fue casi solo el número de mineros sujetos al tributo, a la mita (trabajo obligatorio, por turnos, en la mina, el obraje, etc., durante la colonia), a vivir en reducción. Se pensó entonces que en el siglo XVII debió lograrse una *pax colonial* que estableció las bases del régimen que duró hasta el primer quinto del siglo XIX, cuando las ansias de libertad de los criollos llegaron a construir la república, después que durante el siglo XVIII y hasta 1814 fracasaran los

sucesivos movimientos andinos en busca de lo mismo pero en términos diferentes. Se pensó entonces que la vida andina había sido liquidada durante el siglo XVI, y que después comenzaba a formarse paulatinamente una idea común de un nosotros colectivo que cristalizaba en la guerra de la independencia donde, también, hasta la población andina había dejado de ser pasiva. Hoy puede decirse que esa hipótesis puede ser desventajosamente comparada con la realidad en la cual la población andina continúa su proceso creador, no sólo después del siglo XVI, sino en el presente cuando los Andes —incluyendo la Amazonía— continúan tercamente su marcha al futuro, muchas veces a contrapelo y otras cediendo para mantener lo que consideran más importante en su proceso de aculturación que no llega a (no termina de) cristalizar en nuestros días.

La antropología como disciplina científica es posterior a los estudios del folklore, iniciados por Augusto Vienrich y estimulados de alguna manera por los sucesivos movimientos indigenistas del primer tercio del siglo XX. El elemento catalizador fue la *Revista del Museo Nacional*, que es donde nació la etnología en el Perú, íntimamente ligada a Luis E. Valcárcel, al Instituto

de Estudios Etnológicos del Museo Nacional. Casi veinte años después de los primeros números de la *Revista del Museo Naciona*l, se vinculó el Museo una nueva revista *Folklore Americano* (no. 1:1953), que dependía de la Comisión de Folklore del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. La primera época de la antropología estuvo así relacionada con la arqueología en torno a Valcárcel, también a Tello y a Jorge C. Muelle; también se pudo notar un interés precursor en la revista *Inka* dirigida por Tello; después fueron marcando distancias.

Puede pensarse también que las actividades del movimiento indigenista condujeron de alguna manera a formar una conciencia de lo andino que pudiera haber llevado a una antropología también andina. Ello no ocurrió sino en torno estricto a Luis E. Valcárcel y sus discípulos que en los años 50 y bajo la dirección de José Matos Mar establecieron un periodo de apogeo en la docencia universitaria de la especialidad en San Marcos. El contexto que se movió en torno al grupo indigenista cuzqueño —Resurgimiento— y la nutrida actividad que luego tuvo en Lima y que culminara en la polémica entre José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez (1927) (cfr. Manuel Aquézolo, *La polémica del indigenismo*),

no generó una respuesta académica inmediata y sólo un decenio después —en la década de los años 40— se formaron las instituciones que acogieron la etnología universitaria.

Pero hay una corriente no académica que circula por Hildebrando Castro Pozo y otros indigenistas como José Uriel García y otros escritores (Roca, Valdez de la Torre), a través de artistas (Julia Codesido, José Sabogal, después, en otro tono, Camino Brent) finalmente en cuentistas y novelistas (de López Albújar a Ciro Alegría, de éste a José María Arguedas). Estas líneas de quehacer abandonaron paulatinamente la descripción costumbrista y fueron afinando criterios al mismo tiempo que avanzaban recopilaciones de tradiciones orales (desde Adolfo Vienrich a Arguedas y Francisco Izquierdo Ríos), y el arte popular (Celia y Alicia Bustamante, también Sabogal), la música andina alcanzaba otros niveles parecidos (Teodoro Valcárcel). A la larga ambas líneas confluyen sin confundirse.

La antropología académica transitó por diversas influencias, básicamente norteamericanas, en el presente aspira a la universalidad. Un breve recuento nos llevaría

por la influencia de la antropología aplicada (ejemplificada por el Proyecto Perú-Universidad de Cornell, en Vicos, en la sierra del departamento de Áncash) donde Allan Holmberg, Henry Dobyns, Mario C. Vázquez y otros, iniciaron un experimento de «aculturación e integración controladas», que buscaba simultáneamente estudiar al poblador de los Andes contemporáneos, al mismo tiempo que se establecían las bases para una incorporación rápida y controlada a la sociedad nacional. Pero poco a poco se fueron diversificando influencias, culturalistas, funcionalistas, estructuralistas (británicos), estructural-funcionalista, marxistas y estructuralistas (Lévi-Strauss); no todas coexistieron. Tardó sin embargo en buscarse una antropología andina y se reprodujeron en otros ámbitos las lentas evoluciones que vimos en otros campos (los de la historia, por ejemplo). Solo el apogeo de la especialidad en San Marcos entre los años 50 y 60 hizo posible la formación de antropólogos; quedó abierto allí el camino a los post-grados extranjeros (especialmente en Inglaterra y Estados Unidos, también Francia); en los años 60 la Universidad Católica (Lima) abrió primero la especialidad en una nueva tónica y posteriormente un post-grado, que es el único que funciona actualmente en el país.

Las líneas de investigación también han variado, aunque es preciso señalar que la mayoría de los trabajos ha sido editada en revistas. Existen varias bibliografías que reúnen materiales andinos; particularmente útiles son aquí las incluidas en el *Handbook of Latin American Studies* (donde la parte de etnohistoria andina viene siendo preparada por John V. Murra) y las bibliografías de José Matos Mar y Roger Ravines (Instituto de Estudios Peruanos) y de Héctor Martínez y sus colaboradores (Instituto Indigenista Peruano-Centro de Estudios de Población y Desarrollo). Se ha incidido mucho todavía en estudios de casos y se ha abusado del descripcionismo en una primera época, ahora es más fácil lo contrario. Desde los años 60 se nota una influencia marcada de autores como John V. Murra, por ejemplo, abandonándose las líneas «aplicadas» (Holmberg), al mismo tiempo que se desarrollan más las tendencias estructuralistas y marxistas en la vida universitaria, sin omitir la presencia del estructural-funcionalismo; también se ha abierto más el ámbito amazónico, anteriormente casi una exclusividad de los misioneros. Sin embargo, el éxito de Murra, y de la influencia de Mintz, Wolf, antes Redfield, Boas, después la antropología británica posterior a Evans-Pritchard y francesa (Lévi-Strauss), no llega a aparecer

claramente una antropología andina, ni una conciencia antropológica andina. Justamente, suele reprocharse a los antropólogos, como también a los historiadores más cercanos a ellos (etnohistoria) la tendencia a aislar de alguna manera lo andino del Perú, como si el Perú fuera siquiera inteligible al margen de los Andes y su gente, asumiendo los cambios históricos en su población. Algo se logra, sin embargo, cuando se va definiendo una fuerte tendencia andina: César Fonseca, Enrique Mayer, Juan M. Ossio, Jorge Flores Ochoa, la etnohistoria (Waldemar Espinosa, Franklin Pease, María Rostworoswki, etc.) en un contexto donde ya no se quiere perder la imagen histórica andina, sino asumirla en la integración de una ciencia social que se amplía. Hay, más recientemente, intentos de estudios de la problemática de las minorías étnicas, que viene a buscar esta precisión en otro ámbito (Luis Millones, Stéfano Varese), al mismo tiempo que los inicios de una antropología urbana (Millones).

De otro lado, la investigación sobre la selva se ha ampliado sobremanera en los últimos años, desde los estudios de Stéfano Varese sobre los Campa (*La sal de los cerros*, 1968) que dieron un importante inicio al desarrollo de los estudios en el Perú; es particularmente

útil el Atlas etnográfico preparado por Chirif y Carlos Mora, las recopilaciones de textos (Jordana, D'Ans, el Instituto Lingüístico de Verano inició en 1973 una serie que reproduce y traduce textos amazónicos al castellano; la bibliografía publicada por ese Instituto reseña su actividad académica). Puede apreciarse, especialmente en revistas, las investigaciones de especialistas jóvenes (Chirif, Alejandro Camino) que no sólo continúan líneas de trabajo ya abiertas, sino que inauguran nuevas. Camino por ejemplo está particularmente interesado en estudiar las migraciones de los Andes a la selva.

No son muchas las publicaciones periódicas para el tema; al margen de la ya clásica *Revista del Museo Nacional*, existen actualmente *Antropología Andina* (Cuzco), *Allpanchis Puthurinqa* (Cuzco), *Crítica andina* (Cuzco), *Debates en Antropología* (Lima), *Discusión Antropológíca* (Lima), *Amazonía Peruana* (Lima), pero no todas salen regularmente. Sin embargo, el número de las publicaciones y la presencia de la investigación antropológica en otras publicaciones periódicas, deja testimonio de su renovación y de su avance.

B. Arte

Con relación al arte y a la creación artística y su historia, casi puede decirse que la literatura existente ha insistido en los aspectos prehispánicos y coloniales. Las contribuciones en torno al arte moderno peruano son menos numerosas y en mucho se encuentran publicadas en revistas. Con relación al arte previo a la invasión española podríamos separar varios ámbitos: la cerámica y la textilería, de otro lado los murales, que últimamente han recibido más atención (Bonavía), temas donde podríamos hallar una frondosa producción en revistas, tanto en aquellas destinadas a la divulgación masiva, como en las que publican estudios destinados particularmente a los especialistas. En este campo pueden relacionarse los trabajos sobre la cerámica mochica (donde los estudios de Larco Hoyle fueron sustanciales) y la de Nasca (en la costa norte y sur del Perú, respectivamente), lugares donde la técnica alfarera logró en el pasado notorios testimonios de su desarrollo. Otra línea es evidentemente la textilería, destacada particularmente en la costa sur (Paracas). Los arqueólogos se ocuparon detenidamente de estos temas: especialmente Lila M. O'Neale («Tejidos del periodo primitivo de Paracas», *Revista del Museo Nacional*, 1, 2,

Lima, 1932; «Pequeñas prendas ceremoniales de Paracas», loc. cit. 1, 2, Lima, 1935; *Archaeological Explorations in Peru*, Part III, *Textiles of the Early Nazca Period*, Field Museum of Natural History, Anthropological Memoirs, 2, Chicago; *Textile Periods in Ancient Peru, II: Paracas Cavernas and the Gran Necrópolis*, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 39, Berkeley), también Lila M. O'Neale y Bonnie Jean Clark (Textil Periods in Ancient Perú, III The Gauze Weaves, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 40, 4, Berkeley, 1948). Rafael Larco Hoyle (*Los Mochicas*, 2 vols., Lima, 1938-1939, 2a. ed. Buenos Aires, 1945), aparte de otros estudios del mismo sobre la costa norte, puede hallarse además buena información sobre la costa sur en Menzel y Rowe (vid. Arqueología). También es importante recordar aquí el libro de Julio C. Tello sobre Paracas, mencionado en otro lado de esta bibliografía (Arqueología). Un caso especial es el del oro de la costa norte, cuyos testimonios son de la más alta calidad; sobre él puede verse el libro de Manuel Mujica Gallo, *Oro del Perú* (Lima, 1959), traducido a varios idiomas, que consiste además en un catálogo de la exposición que su Museo presenta. El arte prehispánico relacionado

con la escultura ha tenido numerosos comentaristas desde los viajeros del siglo pasado y los arqueólogos que trabajaron la zona andina; cabe destacar el trabajo de John H. Rowe, *Chavín Art, An Inquiry into its form and meaning* (The Museum of Primitive Art, New York, 1962; versión española en *Historia y Cultura*, 6, Lima, 1973). Diversos trabajos han dado una amplia divulgación al arte precolombino, puede verse Felipe Cossío del Pomar, *Arte del Perú Precolombino* (México 1941); con relación al arte erótico, especialmente cerámico, puede revisarse *Checan, Essay sur les representations* érotiques *du Pérou precolombien* (Nagel, 1965). Recientemente, Graziano Gasparini y Louise Margolies publicaron *Arquitectura Inka* (Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1977), que significa una revaluación de la arquitectura como arte y como empresa comunitaria y estatal en los Andes prehispánicos.

La pintura y la imaginería coloniales han despertado el interés constante de los historiadores del arte; pueden mencionarse aquí los estudios ya bien conocidos de Pál Kelemen, *Art of Americas* (1a. ed. paperback, Apollo New York, 1970); *Peruvian Colonial Painting*, Introduction

and Catalogue by… (The Collections of the Stern Fund and Mr. y Mrs. Arthur Q. Davis, with an additional from the Brooklyn Museum, New York, 1971); *Baroque and Rococo in Latin America* (1a. ed. 1951, 2a. Dover, New York, 1967); de Harold E. Wethey, *Colonial Architecture and Sculpture in Perú* (Cambridge, 1949); de Mario J. Buschiazzo, *La arquitectura colonial en Hispanoamérica* (Buenos Aires, 1940), *Historia de la arquitectura colonial en Iberoamérica* (Buenos Aires, 1961); los trabajos de Enrique Marco Dorta: *La arquitectura barroca en el Perú* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1957); así como entre otros muchos, su *Colaboración a la Historia del Arte Hispanoamericano* (caps. X-XII, escritos en colaboración con Diego Angulo Iñiguez, Barcelona, 1970). La Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, publicó los estudios de Jorge Bernales Ballesteros (*Edificación de la Iglesia Catedral de Lima*, 1969, y *Lima, la ciudad y sus monumentos*, 1972), y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia editó *Perú, monumentos históricos y arqueológicos*, de Emilio Harth-Terré (México, 1975).

Los estudios más recientes sobre pintura inciden en el arte mural de la colonia; Pablo Macera publicó un

interesante artículo «El arte mural cuzqueño: siglos XVI-XX» (*Apuntes*, 6, Lima, 1975), que ha dado al tema y a su tratamiento una divulgación que excede el ámbito de los especialistas.

La bibliografía incluida aquí revisa tópicos generales; habría que destacar algunos apuntes o síntesis generales como el de Juan Manuel Ugarte Eléspuru («Notas sobre la pintura peruana entre 1830 y 1930») incluido en la 6a. edición de la *Historia de la República del Perú*, de Jorge Basadre (vol. XVI); donde enjuicia en breves páginas las líneas generales de la pintura peruana en el lapso indicado. La misma *Historia* de Basadre incluye capítulos sobre la música y el teatro republicanos (en el vol. XVI); la música colonial ha sido estudiada, por ejemplo, por Andrés Sas y la reciente edición de *La púrpura de la rosa*, por el Instituto Nacional de Cultura, quien también ha publicado importantes estudios sobre el tema. Con relación al teatro, poco es lo que hay, además del libro de Guillermo Lohmann sobre teatro limeño colonial (citado), y el *Diccionario Teatral del Perú*, de Manuel Moncloa y Covarrubias (Lima, 1905), válido sobre todo para el siglo XIX. *La Introducción a las bases documentales para la historia de la República del Perú*, de

Jorge Basadre, incluyó también numerosas referencias bibliográficas para otros temas. Un resumen interesante y actualizado de las últimas investigaciones, en Francisco Stastny, «Arte peruano: investigaciones y difusión, 1970-1976» (*Cuadernos del Consejo Nacional de la Universidad Peruana*, 20-21, Lima, 1976).

C. Literatura y lingüística

La crítica literaria y los estudios de literatura no poseen una larga tradición en el Perú; desde el siglo pasado hubo intentos de precisar la creación literaria, limitados a ensayos en revistas (*La Revista de Lima*, por ejemplo). A fines del siglo pasado, un estudio-memoria de Ricardo Palma inauguraba una fórmula de recaudación de memorias colectivas de los escritores que gozaron de un aura romántica (*La bohemia de mi tiempo,* Lima 1887); en 1891, los *Anales Universitarios* de la Universidad de San Marcos publicaron el estudio de Eleazar Boloña «La literatura peruana del coloniaje» (V. XVIII: 51-103) y, comenzado ya el nuevo siglo, Manuel Moncloa y Covarrubias publicó *Los bohemios de 1886* (Lima 1901). También a los comienzos del siglo, *El carácter de la literatura del Perú independiente* (1905) de

José de la Riva Agüero, inauguraba la crítica sistemática y extendía la historia literaria académica, siguiendo las huellas de Menéndez y Pelayo y Unamuno en España; la *Historia de la poesía hispanoamericana* del primero reunió los prólogos de una antología iniciada en 1893 y «Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana», del segundo, fue el comentario al libro de Riva Agüero, que inició no solamente una más amplia perspectiva histórica de los estudios literarios, sino que analizó la influencia efectiva de las escuelas europeas en la literatura peruana. Pocos años después, Ventura García Calderón publicó un breve artículo que ofrecía un resumen de la literatura peruana (*Revue Hispanique* XXXI, 1914); en 1918, Javier Prado Ugarteche leyó en la inauguración de la Academia Peruana de la Lengua un discurso en el que, después de hacer apología del castellano, destacaba las obras más importantes de la colonia y de la república decimonónica («El genio de la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú», *Boletín de la Academia Peruana correspondiente de la Real española de la lengua,* V. I., cuad. 1, Lima 1918: 15-191).

Las revistas literarias, desde los primeros decenios del siglo xx fueron más de creación que de crítica (*Ateneo*, *Variedades*, *Mundial* y *Colónida*), aunque no todas ellas fueron exclusivamente dedicadas a la literatura, sino que alternaron sus páginas con la política y los comentarios de noticias; no estuvieron generalmente relacionadas con una escuela o grupo, salvo los casos de *Colónida* (dirigida por Abraham Valdelomar) y *Amauta* (dirigida por José Carlos Mariátegui). En la última primó una perspectiva socialista y una cercanía al realismo literario, aunque no fueron necesariamente excluyentes en términos de la selección de los materiales para la publicación, evitando caer en un sectarismo paralizante. Hay una cierta noción azarosa en el surgimiento de una nueva imagen de la crítica en torno a *Amauta*: las ediciones del momento (*La casa de cartón*, de Martín Adán, por ejemplo), el inicio de la historia de la literatura peruana (Luis Alberto Sánchez), la difusión de Eguren, el comienzo del ocaso de Chocano; jalonan el ámbito literario de los años 20 limeños, con el crecimiento de la inquietud indigenista, paralela a la dimensión universal de la crítica literaria, dirigida por el mismo Mariátegui hacia las literaturas francesa e italiana. La *belle époque* ingresó con bríos al mundillo literario que se refugió —casi al igual que

muchas ciencias humanas en América Latina— en la mediocridad a que condena la imitación, y en la adulación o la diatriba que caracterizan la literatura imitativa.

Una caracterización del panorama literario fue propuesta nuevamente por Mariátegui en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928); su postura abandonó el recuento y el panegírico para introducir nuevas modalidades críticas; «El proceso de la literatura» fue el último de sus ensayos de 1928; en él acusó a los autores anteriores, especialmente a Riva Agüero, de hacer una crítica literaria «civilista» (vinculada al Partido Civil, que lideró el conservadurismo peruano hasta comienzos de la tercera década del siglo xx). Insistió en precisar, también en lo literario, un dualismo (andino y español-europeo) en la vida peruana, que hizo crisis en la no solución del bilingüismo, situación que invalidaba a sus ojos los criterios desarrollados para estudiar literaturas distintas a la nuestra, porque no proceden de un proceso de conquista; de esta manera, Mariátegui no escapó a la tendencia que se hizo general desde la historiografía conservadora, de considerar a la invasión europea como el punto de arranque de la identificación (la identidad)

nacional, así empleó las mismas categorías criticadas, sólo que con signo diferente y etiqueta no conservadora.

Tempranamente, y en el mismo y entusiasta grupo de *Amauta*, Luis Alberto Sánchez inició las sucesivas ediciones de su *Literatura Peruana* (1928), cuyo subtítulo (*Derrotero para una historia espiritual del Perú*) denunció su intención de considerar a la creación literaria en una perspectiva histórica en la cual la literatura fuera el eje que relacionara la élite intelectual con la sociedad. En 1921, Sánchez había iniciado su tarea de historiador literario con la publicación de *Los poetas de la colonia* (dos años antes, *Los poetas de la revolución*). La búsqueda de inventarios permitió por entonces nuevos textos que intentaron completar la información bibliográfica (Estuardo Núñez, *Panorama actual de la poesía peruana*, Lima 1930; José Jiménez Borja *Cien años de literatura y otros ensayos críticos*, Lima 1940). Años posteriores vieron mejorar la producción para la enseñanza escolar (Jorge Puccinelli, Alberto Tauro) y aparecer sucesivas ediciones de manuales universitarios (Augusto Tamayo Vargas).

Pero la crítica especializada no quedó en el ámbito histórico, ni amplió a éste tampoco hacia un análisis integral. Se han hecho estudios por autores antes que por «escuelas» (¿existieron éstas?); si bien no desarrolló convenientemente una línea de ediciones críticas, últimamente han aparecido recopilaciones cuidadas de obras de diversos autores, editadas por la Academia Peruana de la Lengua (Juan de Arona, Mariano Melgar), por el Instituto Nacional de Cultura (por ejemplo, Martín Adán), o por otras editoriales (Vallejo, Mosca Azul, Eguren, por la misma editora y por Milla Batres). Ello permite disponer siquiera en algunos limitados casos, de corpus de diversos poetas, narradores o dramaturgos (casi el único entre los últimos: Sebastián Salazar Bondy). La dispersión de los estudios literarios no favoreció propiamente al campo, aunque en los últimos años éste parece ensancharse, y se aprecia en la aparición, en ediciones nacionales o no, de trabajos críticos de autores peruanos representativos: José Miguel Oviedo (*Genio y figura de Ricardo Palma*, Buenos Aires, Eudeba, 1965; *Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad*, Barcelona, Barral, 1970), Mario Vargas Llosa (*Gabriel García Márquez; historia de un deicidio*, Barcelona, Barral 1971, y otros libros después, aunque

no específicamente sobre la literatura latinoamericana), Antonio Cornejo Polar (*Los universos narrativos de José María Argüedas*, Buenos Aires, Losada, 1976); también otros autores produjeron ensayos críticos: Julio Ortega *La contemplación y la fiesta* (Lima, Ed. Universitaria, 1968), y el mismo Antonio Cornejo Polar, quien recientemente ha publicado un conjunto de ensayos sobre la novela peruana, desde Clorinda Matto de Turner hasta José María Arguedas y Julio Ramón Ribeyro. Finalmente, debe destacarse la obra de Alberto Escobar en este campo, donde sus libros sobre la narrativa peruana (antología), sobre Vallejo y otros estudios, han dado nuevas tónicas a la crítica literaria en el Perú en la segunda mitad del siglo xx. Los estudios sobre literatura popular fueron estimulados a través de la revista *Folklore Americano,* mientras ésta dependió de Luis E. Valcárcel y del Museo Nacional de la Cultura Peruana; también gracias a revistas como *Tradición,* editada en el Cuzco, o *Folklore*, editada también en la misma ciudad, que acogieron estudios sobre el tema; en 1952, Emilia Romero de Valle publicó *El romance tradicional en el Perú* (El Colegio de México), donde reunió diversos textos dispersos desde el siglo xvi; José María Arguedas y Francisco Izquierdo Ríos editaron antologías de cuentos populares y, en los

últimos años, los antropólogos y los historiadores se han ocupado del mito y de la tradición oral popular, en diversas regiones del país.

En el campo lingüístico los desarrollos son distintos; iniciada la colonia, buscaron algunos una política lingüística de imposición del español, aún cuando a lo largo de múltiples discusiones de teólogos, funcionarios y misioneros, perduraron las lenguas andinas que fueron respetadas a pesar del importante control ideológico que representa la enseñanza masiva del español propuesta por otros españoles del momento. Los testimonios de la presencia del quechua y del aymara (las dos lenguas mayoritarias de los Andes, aunque por cierto no las únicas) son evidentes, y el interés por su estudio fue mayor que el despertado por otras lenguas de la región; los diccionarios de Fray Domingo de Santo Tomás (1560); el editado por Antonio Ricardo y de autor anónimo (1586), el de Diego González Holguín (1608) son buenos ejemplos de esta preocupación para el caso del quechua; el de Ludovico Bertonio (1612) lo es para el del aymara.

En el siglo pasado destacaron el *Diccionario de Peruanismos* de Juan de Arona (seudónimo de Pedro

Paz Soldán y Unanue), publicado en Lima en 1883 (con ediciones posteriores y añadidos), y las anotaciones y estudios de Ricardo Palma (*Neologismos y americanismos*, 1896, continuadas de alguna manera en *Papeletas lexicográficas*, 1903). En 1867 se había fundado la Academia Nacional de la República del Perú que antecedió a la Academia correspondiente de la Real Española en el Perú (cuyos *Anales* se publicaron en 1887), la cual entró posteriormente en receso en 1917 y fue revitalizada por iniciativa o bajo el patrocinio de D. Ricardo Palma; volvió a interrumpir su vida entre 1921 y 1934; desde 1967, la Academia Peruana de la Lengua publica un *Boletín* (12 números hasta 1977). En 1936 se publicó *El lenguaje peruano*, de Pedro M. Benvenutto Murrieta, quien introdujo el interés por el estudio del castellano en el país, no continuado después de él por muchos años, hasta que en la década de los 60 se publicaron los *Peruanismo*s de Martha Hildebrandt. También en los años 30-40, la influencia del italiano Hipólito Galante se hizo sentir en la enseñanza sanmarquina, apareciendo entonces sus estudios sobre el quechua del Ollantay, continuados después en otros campos (ediciones de versiones latinas de los textos de Francisco de Ávila, por ejemplo). Desde los años 50 se aprecia la influencia, especialmente

docente de Fernando Tola en la dirección del Instituto de Filología de la Universidad de San Marcos de Lima, donde también dirigió la revista *Sphinx;* y de Luis Jaime Cisneros, en la Universidad Católica (Instituto Riva Agüero y Facultad de Letras) y en la Universidad de San Marcos (Instituto de Filología y Facultad de Letras); sus publicaciones sobre temas de especialidad (por ejemplo *Formas de relieve en español modern*o, 1957, y *El estilo y sus límite*s, 1958) junto con su texto universitario *Lengua y estilo* (vol. I., Lima 1959), dan testimonio de su actividad docente, y ofrecen simultáneamente una variedad de ejemplos del español en el Perú, y se añaden a otros estudios y ediciones críticas (*El Lazarillo de Tormes*, la *Defensa de Damas* de Dávalos y Figueroa); uno de sus últimos libros (*Lengua y enseñanza*, Lima 1969) da nuevamente evidencia de su interés por la docencia.

Los estudios lingüísticos se desarrollaron después al menos en dos vertientes importantes: una en busca del estudio del español en el Perú (Escobar, Carrión, Badillo, Hildebrandt), otra incide básicamente en las lenguas andinas (Cerrón Palomino, Parker, Torero, D'Ans, etc.); en 1975 se informa del proyecto de *Atlas lingüístico y etnográfico del Perú*, preparado por Luis Hernán Ramírez,

Javier Badillo, Aída Mendoza, y Gertrud Schumacher. El Congreso de Americanistas (Lima 1970) incidió también en ámbitos similares con un volumen que reunió los resultados de un simposio, y el Instituto de Estudios Peruanos ha dedicado asimismo su atención a los temas lingüísticos con sus volúmenes sobre bilingüismo y multilingüismo en el Perú y, conjuntamente con el Ministerio de Educación, ha preparado un conjunto de gramáticas y diccionarios quechuas, con lo cual el estado ha ingresado en un campo descuidado anteriormente (al mismo tiempo que reconoció la oficialidad del quechua), y dejando a salvo la tarea importante y larga ya en el país del Instituto Lingüístico de Verano, especialmente en relación con las lenguas selváticas, aunque éste ingresó últimamente a trabajar en regiones quechuahablantes. El ILV ha publicado, en colaboración con el Ministerio de Educación, numerosos vocabularios y gramáticas de lenguas amazónicas. Los estudios sobre el español en el Perú han tomado nuevos auges (cfr. Enrique Carrión O. y T. D. Stegmann *Bibliografía del español en el Perú,* Max Niemeyer, Tubingen 1973), una tesis doctoral sanmarquina se ha dedicado al español hablado (Javier Badillo *La lengua oral como objeto de estudio y material de enseñanza*), y en el no. 1 de *Lexis* (revista de Lingüística

y Literatura, Departamento de Humanidades, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 1977), Alberto Escobar informa de un nuevo proyecto de investigación sobre el tema, relacionado con el trabajo presentado por él mismo como discurso de ingreso a la Academia Peruana de la Lengua.

CAPITULO VII

RELACIONES INTERNACIONALES

Son distintas las formas y los alcances de la actividad de la diplomacia peruana en el siglo pasado y en el presente. Al nacer la república, la tarea de la diplomacia de entonces estuvo destinada a lograr el reconocimiento del nuevo estado por las potencias europeas primero y en buena cuenta respaldar los movimientos comerciales recién abiertos en esos días, de manera tal de inaugurar un mejor funcionamiento de las rentas públicas, vinculadas muy fuertemente al comercio y a las aduanas.

Pero muy pronto surgieron apreciables dificultades en las regiones fronterizas que hicieron desarrollar un distinto tipo de actividad diplomática, y las relaciones internacionales del país estuvieron regidas por la actividad limítrofe y la necesidad de fundamentar, histórica y legalmente, la integridad territorial del país; las dificultades que se produjeron en este ámbito fueron las más importantes, marcando la actividad internacional del Perú. Aparecieron entonces largas negociaciones que

se iniciaron con la Gran Colombia apenas iniciada la vida republicana (Tratado Monteagudo-Mosquera, 1822; Convención Galdeano-Mosquera 1823), hubo incluso una guerra, terminada con la firma del Tratado Larrea-Gual (1829). Se iniciaron así problemas de delimitación fronteriza, alterados por situaciones distintas un siglo después en la misma región.

Con el Ecuador, las relaciones fueron diferentes, a partir de la disolución de la Gran Colombia y la separación del Ecuador, pues este país alegaba derechos sobre distintas regiones peruanas (Tumbes, Jaén, Maynas). Diversas misiones se iniciaron cuando en 1841 el Ecuador solicitó por primera la «reintegración» de dichas provincias, siempre peruanas en virtud del principio del *uti possideti*s.

El conflicto estalló cuando en 1857 el gobierno ecuatoriano cedió a sus acreedores británicos territorios peruanos; la guerra terminó en 1860. Años después, durante la guerra con Chile 1879-83, grupos de ecuatorianos ingresaron en la selva peruana. Después, nuevas negociaciones arbitrales (1887), terminaron con la designación de un árbitro (el rey de España) y

tratados como el García-Herrera (1890), terminaron estableciendo una «línea definitiva de límites» que fue desaprobada por el Congreso peruano, haciéndose modificaciones que, con la adhesión colombiana, fueron sometidas, junto con el problema arbitral, al rey español. A comienzos del siglo xx (1904), hubo nuevos incidentes militares en la frontera, que se agravaron en 1910 cuando Ecuador consideró que el arbitraje podía no serle favorable, declarando entonces su desconfianza en el árbitro, provocando que el gobierno español se inhibiera de sentenciar.

Diversas negociaciones posteriores (Washington 1936-38) no tuvieron éxito y, en 1941, el conflicto se agravó sucediéndose choques fronterizos que terminaron con una intervención militar peruana. En enero de 1942, la Conferencia de Cancilleres en Río de Janeiro solucionó definitivamente los problemas limítrofes existentes entre ambos países, con la firma del Protocolo de Río de Janeiro, suscrito el mismo año bajo la garantía del Brasil, de la Argentina, de Chile y de Estados Unidos de Norteamérica. La delimitación posterior de la frontera entre ambos países quedó transformada en una actividad burocrática común entre ellos. Con esto quedaron

finalmente zanjadas las dificultades con el Ecuador y finalizó una agitada historia en la frontera norte del Perú. Sin embargo, años después de firmado el Protocolo de 1942 y de haberse delimitado prácticamente toda la frontera (salvo un breve trecho en la «Cordillera el Cóndor»), el Ecuador ha insistido en una política exterior de difusión de una presunta frontera que llega incluso al Marañón y al Amazonas, muy al sur de las reales.

Colombia intervino desde el siglo pasado en las negociaciones peruano-ecuatorianas (desde 1894), alegando tener también derechos sobre Maynas (el actual departamento de Loreto en el Perú). Hubo entonces diversos convenios entre 1904 y 1910. En 1911 hubo incidentes en los ríos Caquetá y Putumayo, solucionados de distinta forma en tratados y convenios firmados entre 1916 y 1919. En 1922 se firmó un nuevo instrumento internacional (el Tratado Salomón-Lozano) que dio a Colombia salida al Amazonas a cambio de otros territorios reconocidos por el Ecuador a Colombia. Controversias diversas ocurrieron en torno a la aceptación de este tratado, coincidentes con graves dificultades en la política interna peruana, y en 1932 hubo un serio incidente en Leticia, en la frontera nor-

oriental amazónica. Hubo entonces un grave conflicto bélico, solucionado con el acuerdo de Ginebra de 1933 y el Protocolo de 1934, que liquidó el problema surgido.

Las relaciones con Bolivia fueron difíciles, pero no necesariamente por problemas de límites, antes y después de la Confederación Perú-boliviana que reunió ambos países de nuevo entre 1834 y 1939. Los límites se establecieron entre 1826 y 1831, pero después del colapso de la Confederación hubo discrepancias, estableciéndolos nuevamente entre 1863 y 1866. Después de la guerra con Chile hubo nuevamente litigios fronterizos, llegándose a un laudo argentino en 1902 y a un tratado definitivo sobre la zona fluvial en 1909.

Antes de la guerra de 1879-1883, el Perú no tenía frontera con Chile, pues era territorio boliviano el que constituía la frontera sur del país, hasta el mar: perdido el litoral oceánico para Bolivia, el Perú adquirió simultáneamente límites y conflicto. El problema inicial de límites entre Chile y Bolivia empezó cuando el primero consideró suyo el territorio al norte del paralelo 25, considerado hasta entonces como límite entre ambos países; la razón estuvo relacionada con el descubrimiento

de guano en un momento de auge del mismo en la economía del Pacífico sur. Diversas negociaciones entre Chile y Bolivia terminaron en una nueva delimitación (paralelo 24), establecida en 1874. Como escribió Porras Barrenechea «El Gobierno de Bolivia se dirigió al Gobierno del Perú en 1872, solicitando su alianza, en nombre de los intereses del Perú, ligados íntimamente con la independencia y la integridad de Bolivia.

El Perú firmó, entonces, el tratado de alianza de 1873. Bolivia y Perú se unían para *garantizarse* mutuamente, su *independencia, soberanía e integridad* y defenderse de toda *agresión* exterior» (*Los límites del Perú*, p. 112), Luego de diversos y continuos problemas, Chile ocupó el litoral boliviano en 1879. La mediación amistosa del Perú fue rechazada por Chile y el 1o. de abril de 1879, el gobierno chileno solicitó a su Congreso la autorización para declarar la guerra al Perú, cosa que hizo el siguiente 5. Como consecuencia de la guerra, pudo verse claramente la intención chilena de apoderarse de las riquezas salitreras (Atacama y Tarapacá); concluida la guerra con el Tratado de Ancón (20 de octubre de 1883) de acuerdo con el cual a los 10 años de su ratificación (es decir, en 1894), debía realizarse un plebiscito en los territorios

que Chile mantuvo ocupados siendo del Perú: Tacna y Arica. A su fracaso estuvo conducida la política chilena, desde que en 1893 no fue posible lograr su realización, mediando una relación conflictiva. Especialmente entre 1901 y 1921, la actitud chilena estuvo destinada a lograr la «chilenización» de los territorios ocupados, actitud reconocida incluso en la documentación de la misión norteamericana que en determinados momentos medió en el conflicto. En 1929, un tratado definió la cuestión, recobrando el Perú, Tacna y perdiendo Arica después de largos años y conflicto latente.

Las relaciones con el Brasil estuvieron marcadas también por problemas de límites retrotaídas al Tratado de San Idelfonso, firmado en 1777 entre las coronas de España y Portugal. En 1826 se firmaron los primeros convenios y en 1851 un tratado de navegación fluvial que incluyó anotaciones sobre límites. Entre 1866 y 1874 funcionó una comisión mixta de límites, aunque luego las relaciones fueron afectadas tanto por la situación del Perú durante la guerra con Chile, como por el inicio de diferentes procesos de colonización, peruanos, brasileros y bolivianos. Finalmente en 1909, el Tratado Velarde-Rio Branco estableció una frontera definitiva.

Derecho del Mar

El Derecho Internacional Peruano, a partir de la Declaración de las 200 millas como *mar territorial* (1947), ha incidido específicamente en una temática al respecto. Una disposición gubernamental del 1o. de agosto de 1947 (Decreto Supremo no. 781, de esa fecha), extendió la soberanía y la jurisdicción hasta 200 millas desde la costa. Dicho instrumento explicaba, en su art. 2: «La soberanía y la jurisdicción nacionales se ejercen sobre el mar adyacente a las costas del territorio nacional, cualquiera que sea su profundidad y en la extensión necesaria para reservar, proteger, conservar y utilizar los recursos y riquezas naturales de toda clase que en o debajo de dicho mar se encuentren». El gobierno del Dr. José Luis Bustamante y Rivero estableció de esta manera las bases de una política duradera, continuada en la Declaración de Santiago (18 de agosto de 1952), que unificó en torno a la tesis de las doscientas millas a Chile y el Ecuador con el Perú. Múltiples acuerdos internacionales sobre la materia reafirmaron y precisaron la posición peruana al respecto (ver en la Bibliografía las publicaciones oficiales del Ministerio de Relaciones Exteriores al respecto, que incluyen dichos instrumentos).

Una tónica especial de la política exterior en el último decenio fue la ampliación de las relaciones internacionales y la actividad de la política exterior peruana en el contexto tercermundista (Cfr. sobre ello E. Mercado Jarrín *La política exterior del gobierno revolucionario peruano*; recopilación de los principales discursos. Lima, Empresa Edit. Diario Oficial «EL Peruano», 1972).

La Revista Peruana de Derecho Internacional (no. 1, 1941), editada por la Sociedad Peruana de Derecho Internacional, publica numerosas contribuciones sobre el tema de las relaciones internacionales peruanas. En ella escribieron Alberto Ulloa, Alejandro Déustua, Fernando Schwalb, Pedro Ugarteche, Andrés A. Aramburú M., Manuel F. Maúrtua, Carlos García Bedoya.

CAPITULO VIII

PUBLICACIONES PERÍODICAS Y OBRAS DE CONSULTA

Esta sección, en la primera edición de *Perú: una aproximación bibliográfica* (1979), no lleva presentación por su autor, Franklin Pease G. Y., entonces, paso a decir que este listado bibliográfico trae referencias bibliográficas —valga la redundancia— que se publicaron sobre los temas singularizados en los capítulos anteriores del libro de mi esposo, que he abreviado en su versión impresa para el programa edil metropolitano Lima Lee de la capital del Perú, y a manera de introducción a su versión digital facsimilar que se puede consultar en PERU: UNA APROXIMACIÓN BIBLIOGRÁFICA.

Las dos publicaciones periódicas individualizadas de este capítulo, por su vinculación con Franklin Pease G. Y. se pueden consultar a continuación.

Historia y Cultura. Órgano del Museo Nacional de Cultura, Revista del Museo Nacional de Arqueología,

Antropología e Historia del Perú, Lima, fundada en 1965 bajo la dirección de José María Arguedas, quien en su nota preliminar al primer número precisa lo siguiente: «El Museo como instrumento de la ciencia se convierte cada vez más en un centro integral de conocimientos de algún aspecto de la Tierra o del ser humano». Franklin Pease G. Y., como jefe de investigaciones y publicaciones cuidó de la edición e impresión de esta revista que luego dirigió, entre 1969 y 1974, en su función de director del Museo Nacional de Historia.

Histórica, Lima, se publica dos veces al año desde 1977. En relación con esta gaceta, José de la Puente Brunke nos comparte lo siguiente: «*Histórica*, revista nacida como fruto del impulso académico de Franklin Pease García-Yrigoyen, dedica este número a rendir homenaje a la memoria de tan notable historiador peruano. Fundador y director de la revista hasta el día de su deceso, el 13 de noviembre de 1999, supo imprimir en esta publicación —órgano del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú— la vitalidad y el interés por los más diversos temas del pasado peruano que a él mismo caracterizó» (vol. XXIII, núm. 2, p. 187. Diciembre, 1999).



El Dr. Franklin Pease G. Y. con las Palmas Magisteriales en el grado de Amauta (Perú 1994), acompañado de su esposa Mariana Mould de Pease.

»»»» Edición en conmemoración ««««

Aniversario de la Biblioteca Nacional del Perú

Colección
Lima Lee

